

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Defensa del miriñaque.—Crítica dramática.—Una escursión á Waterloo, por Fernán Caballero.—Nuevo manual de señoritas.—Revista de la moda.—Explicación de la hoja de patrones y de bordados.—Id. de los figurines.—Los sueños del poeta.—Las siete virtudes capitales, por D.^a Robustiana Armiño de Cuesta.—El Estío, por D. José Selgas y Carrasco.—La pipa turca del capitán James; episodio marítimo por D. José M. de Goizueta.—A una de tantas, poesía.—El Leproso, por D.^a Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Geroglífico.

LÁMINAS.—Figurin para vestidos de señoras.—Patron con dibujos para bordados, etc.—Dibujo de tapicería en colores.—Id. de crochet.

DEFENSA DEL MIRIÑAQUE.

A LOS HOMBRES.

«¿Por qué en palabras y en plumas
y en abanicos y en coplas
soltáis contra el miriñaque
tanta sátira burlona?

¿Es de peor condicion
aquesta reciente moda
que esas mil que cada dia
sin cesar surgen y brotan?

Hubo un tiempo (cuenta que esto
por la tradicion nos consta)
que las mujeres usaban
saya tan estrecha y corta
que de léjos parecían
mas que mujeres peonzas,
y para que mas ciñesen,
les ponían por la orla
perdigones que bastaran
para cazar treinta tórtolas.

No sé si por mas galantes
ni sé si por menos cócoras
los pollos de aquella época
hallaban aquellas pollas

con semejante envoltura
sublimes, encantadoras.

Usáronse luego mangas
de tan colosales formas
que cada mujer tenía
en cada hombro una joroba.

Pareció esta novedad
tan elegante y pasmosa
que aumentándose por grados
aquel volúmen de estopa
el bulto que fué puchero
llegó á convertirse en olla.

Pues con toda esa balumba
y con esa mole toda
á los hombres de su fecha
les parecían preciosas,
y á no ser para alabarlas
ninguno osó abrir su boca.

Con el traje corto ó largo,
encanutadas ó fofas,
en todo tiempo á los hombres
parecimos bien nosotras,
sin cuidar de si llevábamos
muchas enaguas ó pocas;
mas hoy el hombre avezado
á las políticas fórmulas,
discute nuestros vestidos
á falta de mejor cosa,
y al ver un ahuecador
pide la palabra en contra.

Dejen pues á cada cual
vestir como se le antoja,
puesto que ellos á su vez
van como les acomoda;
que es por cierto mucha gaita
y es en verdad mucha droga
sacar nuestros miriñaques
en abanicos y en coplas.»

Esto dijo una pollita
llena de rábia y de cólera
mientras con la bandolina
se daba lustre á las cocas.

F. F. A.

CRÍTICA DRAMÁTICA.

Breves observaciones sobre el juicio crítico de José María, inserto en el número 150 de La Convicción.

Nosotros, y esto no es por *dorar la pildora*, apreciamos personalmente al Sr. Zumel, y comenzamos por hacer justicia á su laboriosidad suma, á su aplicacion, al entusiasmo con que cultiva su arte. Reconocemos que tiene inteligencia sobrada para discernir lo bueno de lo malo en literatura, y si alguna duda pudiera quedarnos de ello nos la desvanecería el juicio crítico de su propia obra que ha hecho insertar en el periódico arriba citado. En él confiesa paladinamente que el drama no es bueno porque pertenece á un género malo; pero su disculpa de haberlo escrito gira sobre estos dos polos: 1.º produce dinero, y 2.º otros dramas se representan que son tanto ó mas malos que José María. Verdades son estas inconcusas; pero las verdades no siempre son razones, y menos acaso en literatura que en otra cosa.

Nada pues tendríamos que decir respecto á semejantes motivos, porque no creemos que nadie necesite indicacion alguna para juzgar del valor que ellos tienen á los ojos de la critica literaria; pero como al parafrasearlos emite el Sr. Zumel algunas observaciones dirigidas á atenuar el mal que él propio confiesa, nosotros nos creemos en el deber de discutirlos.

Convenimos con dicho señor en que ninguno se ha hecho verdugo por haber visto *El verdugo de Amsterdam*, pero creemos en cambio que no pocas esposas habrán faltado á sus deberes por haber exaltado su imaginacion el interés vivísimo que sobre ellas se hace reflejar en muchos dramas de la moderna escuela francesa, traducidos ó imitados con una especie de furor en nuestra patria. Creemos tambien que la masa general del pueblo, al presenciar la ejecucion de producciones como *Diego Corrientes* y *José María*, no vé en sus protagonistas lo que realmente fueron, lo que es y será siempre un ladrón de caminos, sino verá unos hombres de corazón que se sobreponen á eso que se llama *preocupaciones sociales*, que merced á su valor y á su energía luchan de potencia á potencia con la misma sociedad, que en los caminos, en las ventas y hasta en las poblaciones son monarcas absolutos con derecho de vida y muer-

te, y en fin, que para mengua eterna de su país y de su siglo han forzado alguna vez á los gobiernos á transigir con ellos, si bien salvando las apariencias bajo la forma exterior de un indulto. Esto es lo que el pueblo vé en tales dramas, y como (según la espresion del mismo Sr. Zumel) *toda celebridad, por odiosa que sea, tiene su parte de grandeza*, ese mismo pueblo comenzará por admirar al héroe, y luego se interesará por él, y concluirá por imitarle si se le presenta ocasion oportuna. Esto está en el corazón humano. La apoteosis de la maldad solo producirá hombres perversos como la apoteosis de la flaqueza mugeril solo producirá mujeres frágiles.

Por otra parte, ¿dónde están esas preocupaciones sociales que lanzan á un hombre al camino con el tabuco en la mano? ¿Qué sociedad es esa que desatiende los sentimientos, el mérito, el valor, y que solo aprecia la cuna? ¿Dónde la que hace responsables á los hijos de las faltas de sus padres? No es ciertamente la actual, no la de los tiempos de José María, y aun pudiéramos añadir que no es, absolutamente hablando, la de ninguna época, porque en todas ellas hombres nacidos en la última plebe se han elevado á una prodigiosa altura. Un porquero ha ceñido la tiara, una cantinera la corona imperial de Rusia, el hijo de un carbonero fué señor de Roma cuando ella lo era del mundo, y de estos ejemplares nos ofrece á miles la historia de todos los tiempos. Ah! el mal que aqueja á la sociedad presente no consiste en la exageracion de sus creencias, de sus principios buenos ó malos; consiste en todo lo contrario; en la falta de esos principios, de esas creencias: consiste en que dá el mismo lugar á la esposa casta, á la honesta doncella, que á la impúdica disoluta; consiste en que no hace diferencia entre el hombre que vive de su honroso trabajo y el que vive del robo y de la estafa.

Dice el Sr. Zumel que en Cádiz se ha aplaudido con furor ese género en el que son protagonistas los barateros, los gitanos, las mugeres prostitutas, y añade que él no es responsable de ese género, puesto que no le ha creado. Eso valdría tanto como decir que desde Cain acá nadie es responsable del asesinato que comete, puesto que él no fué el primero que asesinó. Verdad es que en Cádiz y fuera de Cádiz esas producciones, que por desgracia de Andalucía se han llamado andaluzas, han sido y son aun aplaudidas; verdad es que han dado y dan aun mucho

dinero á empresas y á autores; pero tambien es verdad que la sana crítica las ha anatematizado, sin cuidarse, porque no debe, de si agradan ó no á tales ó tales públicos; y como la sana crítica concluye siempre por tener razon, resulta que llegará un día, ya no lejano, en que se haga justicia completa de ese pésimo género, de ese aborto literario, como se hizo de las comedias de Comella y de Zavalá, las cuales en su tiempo dieron á los teatros tanto dinero por lo menos como han dado ahora los dramas y piezas andaluzas; y vea aquí el Sr. Zumel como no es exacto lo que supone de que el mayor crimen de estas obras consiste en que sus héroes sean andaluces. Ni Federico II, ni Carlos XII, ni Fronswill, ni Ostemberg, ni ninguno en fin de los personajes de la escuela comellesca era andaluz que sepamos, y sin embargo no los perdonó la contundente crítica, la acerba sátira de Moratin.

Pero ya que se quiera poner en la escena á la canalla mas canalla de la sociedad, póngasela al menos tal cual ella es. Preséntenos el autor el horrible cuadro de unos pillos desalmados, prodigando el insulto y la amenaza al pasajero inerme que tiembla por su vida, que tiembla por el honor de su esposa, de sus hijas; que devora su dolor al verse desposeido violenta é inicua mente de aquello poco que acaso le ha costado largos años de privaciones, de aquel escaso bien que constituia su fortuna toda, su porvenir; y cuyo despojo sume tal vez en la miseria á una honrada familia. Muestre pues el poeta á los ojos del público con vivos colores la pintura fiel de estos hechos, y es seguro que ese mismo público que hoy aplaude la magnanimidad de un bandido, experimentará esa saludable aversion, esa noble repugnancia hácia el crimen que constituyen para el hombre el mejor preservativo contra él.

Por lo demás, y una vez que el mismo Sr. Zumel nos manifiesta haber dejado la conciencia en casa de un amigo para que no presenciase la profanacion, todo lo que nosotros dijéramos acerca de su obra no equivaldría á esta confesion espontánea que nos hace. Concluimos por tanto repitiendo que contra el argumento metálico ninguna objecion literaria podemos presentar, y tanto mas apoyándose, como se apoya, en la autoridad de Lope de Vega. Verdad es que este mismo Lope concluia diciendo:

«Mas ninguno de todos llamar puedo

Mas bárbaro que yo, pues contra el arte
Me atrevo á dar preceptos....»

F. F. A.

UNA ESCURSION A WATERLOO.

Carta de Fernán Caballero á su mejor amiga.

Waterloo! ¿No retumba la última sílaba de esta voz hueca y prolongadamente como la vibracion solemne y gloriosa del postrer cañonazo que dió fin á la mas osada é indebida usurpacion de los tiempos modernos, canonazo que afirmó el estandarte de la legitima libertad de las naciones, de la independencian de buena ley de los pueblos, y de la paz europea? He ido á ver ese lugar ilustre; he ido con el entusiasmo y el respeto con los que primero fué visitado el lugar del triunfo de la justa causa, pues en la verdad ni en la justicia puede haber reaccion sino por estravagancia, paradoja ó espíritu de partido.

Pero antes de darte cuenta de esta mi devota peregrinacion, te hablaré de nuestra salida de Londres y de nuestra llegada á Flandes, que no es un Flandes, sino un pais el mas bonito, el mas culto y sosegado del mundo.

Despues de despedirnos de los señores que nos acompañaron hasta el vapor, me puse á considerar la nueva senda que íbamos á seguir, que era el Támesis, al que el sol que brillaba hacia aparecer como un rio de plata, cual si quisiese hacer patente la metáfora que se le aplica respecto á Londres. No obstante, el Támesis no es un rio como lo ha demostrado Méry que tuvo la suerte de hallar esta verdad para acreditar su brillante coleccion de paradojas. El Támesis es una ria, y aunque mas estrecha y prolongada, parecida á las hermosas rias de Galicia. Poco mas arriba de Londres, en Richmond, desmaya el portentoso rio entre juncos.

Oyóse un ruido sordo y subterráneo, como si gruñesen á la par todas las piezas de las complicadas máquinas al sentirse despertar de su letargo, levóse el ancla con dura y fuerte mano, como se arranca del corazon de una madre que ve partir á su hijo la última esperanza de retenerle: soltáronse las ruedas, esas estúpidas locomotoras que llevan al hombre con los mismos brios hácia el puerto ó hácia el abismo, y partimos con la misma prisa que habíamos llegado, como si fuese lo mismo partir que llegar! Pasamos por cima de un puente; este trueque que es original, necesita explicarse. Pasamos sobre el Túnel, que es un puente que pasa no por cima, sino por debajo del rio; este Túnel es un largo callejon abovedado alumbrado con gas, el mas á propósito para paseo de topas, que han cavado por debajo del rio, y que siendo una obra de gigantes, tiene el aspecto de una obra de pigmeos.

Salió el vapor del Támesis como un toro del chiquero; cortó con su aguda proa las olas del mar del norte que son cortas, crespas y profusas como los cabellos de un negro, y á las veinte y dos horas llegamos á Amberes.

Las orillas de su río Egelda (Escaut), que es muy ancho, son chatas, fértiles y monótonas. La vista de Amberes tampoco sorprende; solo la torre de su catedral absorbe la atencion: parece que las hadas encajeras de aquel país de los maravillosos encajes, la han trabajado con hebras de cantería; por todas partes se trasluce, como si se uniesen la luz y la piedra para hacerse valer mutuamente. Pero aun sorprende y embelesa mas la hermosa *sonnerie*, que entre esta mezcla de piedra y luz suena y se esparce.

Sonnerie, es literalmente traducido campaneo; pero aquel armonioso campaneo constituye una música, cuyo género, sonido, y efecto no es comparable al de otras músicas. Es tan original, tan peculiar, que abre, si decirse puede, un nuevo campo á las ideas, y una nueva esfera al sentir. Así fué que al oír aquellos escepcionales sonidos alegres y solemnes á un tiempo, con medidos y libres, exactos y dulces, infalibles y espresivos, siempre los mismos así entre los rayos del sol como entre las tempestades, figúrase uno que el bronce y la armonía, dos cosas tan heterogéneas, se han unido para formar una maravilla que disfrute el oído, como formaron otra para la vista, unidas la piedra y la luz. Al oírlos me quedé suspenso, abstraído, absorto, y lo que ni el viaje, ni el país, ni nada palpable habia logrado, lo lograron ellos, me sentí en Flandes. A nada se parecen ni pueden comparar, aquellos sonidos claros, serenos y armoniosos que producidos por el cobre se esparcen por los aires para alegrar la atmósfera como lo hacen los rayos del sol; no me sería dado analizar la emocion que causa esa melodía sin corazón, esa música autómatas, que conmueve sin estarlo ella, esa alegría ficticia, esa melancolía sin alma, esa aglomeración de sonidos frios como flores heladas, ¿por qué hablan tan espresivamente al alma? ¿Será acaso porque esos sonidos que sonaron há siglos como ahora suenan sin que nada los altere, sea una imagen de la perpétua juventud? ¿Será acaso porque seamos mas fácil á impresionarnos por el oído que por la vista, y que por tanto nos conmueve mas oír lo que otras generaciones oyeron, que ver lo que otras generaciones vieron? ¿Será lo extraño, lo nuevo, lo viejo, lo sonoro?

Todo habia desaparecido á mi vista; el vapor, el camino de hierro, todo lo que pertenecía á la progresion del monotono espíritu nivelador que avasalla las nacionalidades y despoetiza al mundo, presa y victima de máquinas y de ideas mezquinas. Otros objetos agrupaban aquellos sonidos en torno mio. El conde de Egmond, Clara, su candorosa amada, el duque de Alba, se me aparecian entre frescos floreros de Rubens, y entre los paisajes de aquella suave naturaleza tan bien reproducida por el arte. Fué un momento de

inesplicable gozo para mí. Entonces me dijeron que Napoleon Bonaparte aficionaba particularmente ese melodioso campaneo, esta música maqui-nal producida por campanas de diversos temples. ¡Qué anomalías se ven en la naturaleza humana! Pero puesto que el bronce, ese duro é inflexible metal de cañones pudo llegar á producir sonidos tan aéreos, tan suaves y tan melodiosos, no nos debe extrañar que un hombre compuesto todo de ideas como un pino de barbas pueda alguna vez sensibilarse.

Omito por ahora pormenores sobre Amberes y sobre el lindo país que lo separa de Bruselas; atraviesa el camino de hierro como vuela un pájaro por un verjel, y me apresuro á emprender mi peregrinacion.

Durante cinco leguas, que es la distancia que media entre Bruselas y el campo de Waterloo, se hallan pueblos y caseríos casi sin interrupcion. Estos pueblos ó aldeas no son como los de Alemania y de Inglaterra casas agrupadas sin simetría, sino que están alineadas paralelas y se estienden á ambos lados del camino real formando calles. En esto como en todo es la campiña de Bélgica demasiado cuidada, demasiado simétrica, y está demasiado avasallada para ser pintoresca; el arte y la industria han cubierto por todas partes su hermosa desnudez, y le sucede á aquella naturaleza lo que á los individuos en que una temprana, severa y sostenida educacion ha estinguido todo lo natural y espontáneo de su primitivo ser. El camino real lo forma un hermoso empedrado; pero á la larga el ruido que produce lastima la cabeza.

Llegamos al pueblo que dió nombre á la batalla, nombre que en cambio la batalla inmortalizó. Al llegar se acercó una mujer al coche y nos preguntó si queriamos ver la iglesia que sirvió de hospital y en la que murieron 400 hombres que estaban enterrados allí. Circundan los muros de la iglesia losas dedicadas á conservar su memoria en caracteres negros sobre el blanco mármol.

La honda sensacion de tristeza que sentí fué tal, que notándola la guia me preguntó que si en aquella batalla habia perdido á mi padre. «A mi padre no, contesté, pero á miles de hermanos!»

Volvimos á seguir el recto camino que imperceptiblemente sube hasta la pequeña altura llamada Mont Saint Jean, donde está el caserío del cortijo que lleva ese nombre, y en el que innumerables moribundos y agonizantes fueron acumulados. Allí vimos el carruaje de una familia inglesa que con el mismo fin que nosotros se habia trasladado á aquel célebre lugar.

A corta distancia de ese caserío abarca la vista el llano de Waterloo, ese magno campo de batalla que se estiende por varias leguas.

La imaginacion siempre pintora á su manera, bien podrá presentar un cuadro de Waterloo en el que, en un desolado yermo cubierto de maleza, anidan buitres entre esparramados huesos, teniendo antes y conservando despues el carácter que supone debe marcar aquel lugar que la mano del Todopoderoso marcó con una de esas sus dis-

posiciones que cambian la faz del mundo, lugar que presume que debe conservar aquel austero aspecto de un lugar señalado por la providencia para la espiacion. Allí dobló la Francia revolucionaria y usurpadora su altiva cerviz, y allí dijo Dios al desbordado torrente: «RETROCEDE!» Dios quiera que para su bien y el bien ageno no olvide la Francia nunca á Waterloo!

(Se continuará.)

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Desde este número empezamos á insertar un *Manual de señoritas*, el cual comprenderá el modo y forma de hacer toda clase de vestidos, así como de bordados en toda la estension que abraza este precioso arte, empezando por el de hilo y terminando con el de oro y felpilla.

Estamos persuadidos de que agradará á nuestras favorecedoras, pues á mas de la esplikacion daremos los patrones correspondientes, á fin de hacer mas fácil su comprension, empezando con el

Modo de formar las camisas de hombre.

Se coje un pedazo de lienzo de una vara de ancho, y se corta una tira de tres varas menos media cuarta de largo; dóblase despues casi por medio; pero de suerte que uno de los dos lados quede cuatro pulgadas mas largo y este ha de ser el de atrás (1). Despues de doblado, segun se ha dicho, se cose por las orillas á *punto por cima*, dejando á cada lado por la parte de arriba dos aberturas para luego pegar las mangas, y además por la parte de abajo se dejará tambien á cada lado sin coser como una tercia, midiéndola por el lado mas largo. En seguida se abre la camisa por donde está el doblez en figura de una T ó de una cruz sin cabeza (figura 1, let. n, n, b, que se encuentra al final de la página 8), es decir, se hace en la parte superior que corresponde al pecho, y que por lo mismo se llama *pechera*, y en medio, á lo largo ó de arriba abajo, una cortadura que tenga cerca de una cuarta y otra al través siguiendo dicho doblez, esto es, media cuarta á cada lado de la abertura vertical, y en donde se forma el palo de arriba de la T se pega el cuello, para el cual se corta una tira de dos tercias de largo i (id.) y de una cuarta de ancho; esta se dobla sobre sí misma, y para redondear los estrechos de dicha abertura, se hacen dos *cuadrados* (fig. 2, let. q, q,) pedacitos de lienzo que se llaman así por su figura perfectamente cuadrada, los cuales se doblan por medio despues de haberlos cosido á los *hombrillos*, i (2). Llámense así

dos tiritas de tres pulgadas de ancho que se ponen desde el sitio en que termina por cada lado la abertura en que vá el cuello hasta la orilla de la tela. Despues se cortan las mangas á la medida del brazo en cuanto al largo, y de ancho de media vara por el hombro, que como han de ir al sesgo tendrán la mitad de ancho hácia el puño ó boca-manga, la cual se formará con una tira de media tercia. En seguida se cortan para estas mangas otros dos *cuadrados* que se cosen al alto de la manga por la parte que corresponde bajo del sobaco antes de pegarla á la camisa; y otros dos la mitad mas pequeños para negas, las cuales se cosen á los dos lados del árbol de dicha camisa en los sitios en que por cada lado termina la costura de *punto por-cima*, para que no se desgarre esta costura; y por último, se corta una tira de cerca de tres pulgadas de largo y de media de ancho, que ha de servir para asegurar la abertura de la pechera por la parte de abajo, y los pliegues que nacen del cuello y vienen á terminar aquí y sobre ellos se cose al través.

NOTA.—Los *hombrillos* deben cortarse juntos, y luego se abren á la parte superior que corresponde al cuello, de modo que cada uno forme dos tiras en figura de triángulo, que cada una se entenderá á lo largo del *cuadrado* doblado en forma de corazon ó triangular, el que de consiguiente se hallará encajado en medio de las dos *piernas* del *hombrillo* con la *base* ó ancho pegada al cuello. Una de dichas tiras ó *piernas* puede prolongarse sobre la espalda, y la otra á la delantera ó pechera de la camisa.

Añadiré aquí por via de apéndice otro método muy poco conocido, pero muy útil, para impedir que la camisa se suba por delante, y que se arrugue ó abra la pechera. Consiste en escotar á cada lado una parte de la camisa que se cose al cuello por delante, para lo cual á la parte superior de la abertura *longitudinal*, que distinguimos con nombre de *pechera* y despues á la abertura *transversal*, se mide como una pulgada de alto. En cada lado de estos se corta una piececita triangular del mismo alto, la cual teniendo en aquel sitio solamente una pulgada de ancho, pero mayor estension en longitud, irá á terminar en punta aguda hácia el *hombrillo*. Concluida esta operacion, se coserán las dos partes anteriores del cuello á este ribete así *escotado*.

II.—Aun es mas sencillo el corte de las *almillas*. Se cortan dos cuartos de delante f, f, iguales (fig. 3), y una espalda, cuya mitad se manifiesta en la letra k, todo en patrones de papel; luego las mangas, segun la figura 4 representa, y del largo correspondiente, y por último, una tira de cinco ó seis pulgadas de ancho y de una tercia de largo, que se doblará sobre sí misma, redondeándola por las dos puntas, y esta será el cuello. Esto es lo que hay que hacer para cortar esta pieza de vestir, cuyos cuartos delanteros se cosen ó unen á la espalda, respunteándolos á una línea, y haciendo una costura vuelta por el revés: en cuanto al pegado de las mangas es el mismo que

(1) En España se dejan ambos iguales comunmente.

(2) Otras los doblan antes de coserlos.

en las de los vestidos. Se le pondrán guarniciones al aire; y para plegar la espalda se coserá á una distancia conveniente de la estremidad inferior un listón ó cinta ancha de hilo l, dentro de la cual se introducirán los cordones.

REVISTA DE LA MODA.

Sumario.—La moda en los baños.—De por qué se vá á los baños.—La elegancia aristocrática en Aguas-Buenas.—Clasificación de las modas en los baños.—El cuellecito parisiense.—Primer vestido de abanico dedicado á la emperatriz Eugenia.—El vestido de abanico y la levita Increible preparan una revolucion en la moda.—Decadencia definitiva de la crinolina.—Vestidos de muselina bordada que sirven para paseo y para baile.—Los cinturones llamados de colegiala, de flores, de cintas y de terciopelo.—Tres capellinas de Alexandrine.—Primeros sombreros á la moda.—La Orientina de Mr. Rochon mayor.—Descripcion de tres prendidos de baile vistos en Saint-Cloud.

De todas las necesidades reales ó aparentes que han invadido á la sociedad actual, el viaje á los baños es seguramente la mas en boga. ¡Los baños, palabra mágica que hace latir tantos corazones!.... Durante todo el invierno en el baile, en los saraos, en el teatro, se habla de la última temporada de baños, y se hacen preparativos para la temporada siguiente, preparativos de coquetería por supuesto, pues los baños no son mas que un pretexto para ponerse trages extraordinarios que no podrian lucirse á pié en las calles de París. Las hermosas hijas de Eva se dicen todas *enfermas*, pues es preciso marchar; volar como ligeras golondrinas hacia esos frescos oasis de flores y de verdura que se llaman Spa, Vichy y Aguas-Buenas. Al llegar allí se encuentran amigos que nunca se han visto y que se olvidarán en la frontera; pero se contraen relaciones de sentimientos con todas esas amigas improvisadas que se hacen compañeras inseparables de paseos, de confidencias y de chismecillos caritativos. Hé ahí por qué tiene tantos atractivos la vida de los baños; es porque el alma y los ojos, la salud y el placer encuentran alternativamente horas deliciosas y encantadores goces. El aire de las montañas, las escursiones poéticas por la mañana y por la tarde, los espectáculos grandiosos de una rica naturaleza, los beneficios de una fuente regeneradora, una vida sin cuidados en que cada cual pasa su tiempo libremente, donde todo parece decir á las bellas ociosas y á los adoradores de las flores: «Venid, venid.... aquí se olvida.... aquí se ama.... aquí se espera.... Todo eso se encuentra en los baños».

Este año la moda aristocrática ha marchado al

pueblo de Aguas-Buenas. Con semejante nombre, el lugar no necesita comentarios. La sociedad es muy escogida, muy elegante, y sin embargo, muy variada. Están allí la familia de M. Fox de los Estados-Unidos; dos princesas valacas; las señoras de Floreno y de Lakhovary; lord Thorald, baron inglés; el general sir Ricardo Clargis; la señora condesa de Rullier; el mariscal Bosquet, una de las glorias del ejército francés de la Crimea; la señora de Montbrun; el conde de Damas; el general Chasel, ex-ministro de la guerra en Bélgica, y la graciosa condesa de Cirille. Con semejante reunion de celebridades masculinas y femeninas, se comprende lo que allí debe ser la moda. Los trages se clasifican en trages de mañana, de paseo, de comida, de noche y de baile. Cada persona se viste cuatro veces al dia cuando menos. La señora elegante aparece entonces como una divinidad, pues nunca es la misma mujer. Por la mañana para ir á beber á la fuente se pone un sombrero de paja Coburgo adornado con cintas de terciopelo flotantes y flores; un vestido de fantasía de lana ó de seda y lana: una mantelita de tafetan negro, guarnecida con flecos, ó un pequeño cachemira de las Indias, segun las variaciones de la atmósfera.

Lo que mas distingue á la señora elegante en este negligé es la ropa blanca: esta revela inmediatamente la mujer rica, porque no produce ningun efecto y es muy costosa cuando el bordado es fino y la forma desconocida. Los cuellos nuevos de por la mañana se llaman «cuellos parisien-ses»: son de dos dedos de altura nada mas; parece increíble despues de los cuellos inmensos que se han usado; pero en todas las cosas hay reacciones, lo mismo en política, que en sentimiento, que en modas.

Por esta razon no desespero de ver que los vestidos voluminosos lleguen á estrecharse como fundas de paraguas, lo que seria espantoso. Ya se vé un vestido que llaman «de abanico», esto es, un vestido que tiene una anchura de 3 metros, 80 centímetros por abajo, en tanto que por las caderas la anchura no es mas que de 2 metros 30 centímetros. El primer vestido de estos fué dedicado á la emperatriz Eugenia, y ha sido fabricado en Lyon. Su fondo es de tafetan blanco de una sola pieza; esto es, el telar se encargó de dar á la falda la forma de un elegante abanico sin la ayuda de ninguna costurera. Esta falda tiene cuatro volantes fondo blanco, broches y bordados de hojas de violetas con colores alternados. El primer volante tiene hojas boton de oro y solo lleva seis paños: el segundo tiene hojas verde Azoff y siete paños: el tercero hojas de rosa de China y ocho paños: el cuarto hojas color oscuro y nueve paños. Los volantes van graduados como la falda. Este vestido abanico parece haber sido creádo para la levita Increible; veremos si triunfan ambas modas.

Con el vestido de abanico hacen falta enaguas de abanico, no ya enaguas de campana. Se reemplaza la crinolina con enaguas tejidas de algodón y de trencilla aloe, que se lavan como las ordi-

narias; además hay otro género de ellas con volantes y afollados de tela de algodón firme, aunque tienen cierta flexibilidad. La crinolina es ya una cosa tan comprometida que ninguna señora sale con ella en París.—Hace pocos días en el patio del palacio real unos chiquillos distinguen á una mujer hinchada como un globo del Hipódromo; la rodean y se ponen á bailar en torno suyo.—Aquí está la cigüeña, decía uno.—Es la torre de Malakoff, contestaba otro.—Hay que destruir la crinolina, gritan todos en coro.—Abajo la crinolina!—La pobre jóven asustada, perseguida por aquella bandada, se refugia en casa de un platero, que la liberta del motín y la deja pasar por una puerta de la calle de Valois. A estos lances espone la crinolina.

Los trages de paseo en los baños son casi prendidos de baile. Las elegantes llevan vestidos de muselina bordada con manteletas ó pañuelos de lo mismo. Estos vestidos de muselina blanca tienen dos corpiños, uno subido para por la mañana, y otro escotado para por la noche. Cuando se quiere hacer de un vestido de muselina bordada un traje de soiré, se forran los volantes de tarlatana de color ó de tarlatana blanca: estos últimos van guarnecidos con dos afollados de tarlatana, en los cuales se pasa una cinta de color. Los vestidos blancos se adornan con flores ó cintas de seda ó terciopelo. La moda ha creado un precioso adorno que se llama «cinturon de colegiala», que se pone indiferentemente sobre un corpiño subido ó escotado. Estos cinturones se hacen de flores, de cinta ó de terciopelo: forman el fichú de punta por detrás y se cruzan por delante. Estos fichús son muy elegantes y muy cómodos sobre los vestidos blancos, pues se pueden variar sus adornos y colores.

El tocado mas gracioso en los baños se llama «capellina»; es un tocado que, en efecto, rebosa juventud, poesía y gracia; pero es preciso que sus adornos sean de gusto. No basta ponerse en la cabeza un inmenso sombrero redondo y figurarse que se lleva una capellina cuando no es mas que un Robinson ó un sombrero chino. La capellina es esencialmente coqueta y elegante; voy á señalar tres confeccionadas por Alexandrine: con este nombre está todo dicho.

La primera es de paja color de castaña, forrada de tafetan azul: por un lado del casco se arrolla una pluma castaña, en tanto que por el otro se vé suelto un lazo de cinta azul con puntas flotantes; bajo el ala gruesos pompones de cinta azul y blanca; cintas azules.

La segunda es de paja gris bordada de estrellas de terciopelo negro, con cintas de terciopelo negro y gruesos pompones de botones de rosas de terciopelo negro y de blanca.

La tercera es de paja de fantasía calada, forrada de crespon blanco con encaje de Chantilly fruncido al rededor de la capellina. Al lado ramillete de flores silvestres prendido en terciopelo verde; cintas de terciopelo verde, gruesos pompones de flores de los campos y blanca.

Ya se hacen bonitos sombreros de crespon pespunteado que hablan del otoño: hé aquí las primeras margaritas de la novedad.

—Un sombrero de crespon gris claro pespunteado en sesgo; al rededor del casco guirnalda de geranio purpurino de terciopelo; el borde del ala lleva orilla de terciopelo purpurino, así como los contornos de la guarnicion de detrás; las cintas de seda terciopelo purpurino; en el interior rizado de blanca y ramito de geranio.

—Otro de crespon pespunteado blanco, ribeteado con un sesgo de terciopelo negro. Al rededor del casco guirnalda de plumas negras y blancas; la guarnicion de detrás es de blanca y encaje negro; cintas de tafetan blanco con orillas negras.

—Otro de tafetan malva y blanca. El casco del sombrero representa una pequeña trenza redonda de cinta malva: al rededor va fruncida una puntilla de blanca que se abre en dos: el ala se compone de afollados de tul y de blanca separados por sesgos de tafetan malva: una blanca muy rica forma un velito en torno del ala: larga pluma malva á la Buridan, ó si se quiere á la española.

Puesto que señalo las actualidades de la moda, debo decir dos palabras de la Orientina, una verdadera agua de belleza que sale de la fuente de Jouvence. Esta Orientina está destinada á reemplazar todos los vinagres de tocador que han obtenido hace algunos años una boga bien funesta para el rostro, gracias á su gusto acidulado que daba al agua un sabor fresco y agradable. La medicina, viendo todas las arrugas precoces que destrozaban las fisonomías de las parisienses mas bonitas, quiso saber de donde podía provenir esa vejez anticipada que arrugaba la frente, cuando los ojos estaban limpidos y puros, y descubrió que el mal procedía de los vinagres de tocador. Bajo este concepto, una de nuestras celebridades medicinales confió á Mr. Rochon mayor el secreto de una agua balsámica y odontálgica destilada con el zumo y la miel de las flores y plantas. Esta agua preciosa es la Orientina, cuyas cualidades higiénicas son inapreciables para todas las mujeres que quieren permanecer jóvenes y bonitas. Con ella no hay arrugas, ni granos, ni pecas, sino un cutis blanco y rosado. Ese es el mérito de la Orientina que usan diariamente las sultanas en el harem.

Ahora pasemos á la descripción de tres elegantes prendidos de baile fotografiados en el último baile de Saint-Cloud: los llevaban tres altas señoras, tres reinas de gracia y de hermosura.

Primer traje.—Vestido de tafetan azul celeste con doble falda. La segunda falda va abierta á cada lado de modo que figura por delante un delantal de ramillete, y va prendida con un lazo de cinta de puntas flotantes. Sobre ambas faldas hay sembrados una porcion de lazos de cinta azul formando estrellas. El corpiño escotado lleva tres series de lazos de cinta dispuestos en berta. Las mangas están guarnecidas con iguales lazos de cinta. Abanico de nácar; pañuelo de punto de

Venecia; brazaletes de diamantes; tocado de cinta trenzada formando una pequeña coca con lazos de cinta y puntas sueltas.

Segundo traje.—Vestido de tafetan de Italia color de rosa con nueve pequeños volantes cortados; el corpiño es de punta y lleva un pequeño volante formando faldeta: además va adornado con una berta compuesta de sesgos de tafetan color de rosa, y terminados por un volante. Las mangas llevan un pequeño afollado y un pequeño volante. Tocado de cinta color de rosa, y ramillete de rosas en medio de la berta.

Tercer traje.—Vestido de tafetan blanco con tres volantes con puntilla de encaje de Malinas: cada volante lleva una ligera guirnalda de flores de los campos, que deja caer de distancia en distancia ramilletes de flores de colores contrarios. El corpiño lleva dos bertas de encaje adornadas con un cordón de flores. Sobre los hombros se ven dos ramilletes, de los cuales el último cae sobre la manga: al rededor del talle se ven también ramilletes de flores, uno en la punta del cinturón, otro á cada lado de las caderas y otro por detrás. En la cabeza, por único adorno, se vé una larga cadena de oro anudada y mezclada entre la cabellera.

Cuarto traje.—Falda de tafetan negro cubierta con cuatro volantes de encaje de Chantilly; cada volante va adornado con un rizado de cinta verde Azoff. El corpiño lleva adornos de cinta rizada y volantes de encaje; una berta de cinta y de encaje dá al corpiño una forma cuadrada á la Watteau. Chal de encaje negro; en la cabeza adorno de terciopelo negro y cinta verde.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Explicacion de la hoja de patrones y bordados que acompaña al presente número.

Los moldes y figurin de esta hoja, son para traje de boda, de muselina blanca bordada.

- N.º 1. Funda de almohada, pañuelo ó delantal para niña, bordado inglés y al pasado.
 2. Mangas para dicho delantal, id.
 3. Embutido para el mismo, id.
 4. Embutido para enaguas.
 5. L. M.: al pasado.
 6. A. P.: id.
 7. H: al feston.
 8. M. W.: al pasado.
 9. Guarnicion sencilla, id.

- 10 y 11. Papalina para niña, bordado inglés.
 12. Cartera ó petaca, id. de cordoncillo de oro ó plata
 13. T. H.: al pasado.
 14. E. C.: ojetes de sombra.
 15. Pequeña guarnicion, al pasado.
 16. Guarnicion para gorros de niños, id.
 17. R.: feston y ojetes.
 18. Bolsa, con cordoncillo de oro.
 19. Embutido, bordado inglés.
 20. D. H.: al pasado y cordoncillo.
 21. Cuello inglés, id. y ojetes.
 22. Limpiaplumas, de terciopelo con puntas de ojal.
 23. E. L.: al pasado.
 24. B. S.: id. y ojetes.
 25. F. V.: al pasado.

Explicacion del figurin de Modas que acompaña al presente número.

PRIMER FIGURIN.

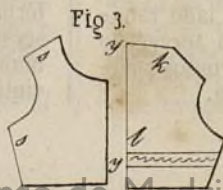
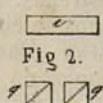
Vestido de gros rayado: enagua lisa: monillo sin faldas con un cinturón de cinta del mismo color: cuello y mangas de encajes de punto de aguja: manteleta de chal de muselina bordada, ó de encaje guarnecida de dos grandes volantes: sombrero de paja de Italia guarnecido de rosas: guantes paja.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de muselina bordado de lunares de relieve: la enagua con tres grandes volantes guarnecidos con un bordado rico: monillo escotado en forma de corazon con un buche de tarlatana, pasando una cinta rosa: en el talle un nudo de cinta del mismo color con cabos largos: mangas compuestas de dos buches y un volante fruncido: pequeño adorno de cabeza bordado de punto inglés con moños de cinta rosa: brazaletes ricos: guantes paja.

TRAJE DE NIÑA.

Vestido verde y monillo con escote cuadrado: la enagua guarnecida con tres flecos y encima dos cintas de terciopelo negro, pantalon bordado: botas verdes: adorno de cabeza de terciopelo corinto sujetando dos trenzas: brazaletes del mismo terciopelo: guantes gris.



LOS SUEÑOS DEL POETA.

Cruels desengaños, amargas decepciones hieren en verdad al poeta, desde que consagra su inspiración y su vida a las nueve hermanas del Olimpo, hasta que quizá un día vé cumplidos sus más caros deseos con la inmarcesible corona de laurel, que cñe á su frente la prosperidad. Sin embargo, hay momentos en su vida que compensan suficientemente todos esos desengaños; tales son aquellos en que, olvidando la pequeñez que le rodea, solo piensa en el porvenir, en ese porvenir que tan bello le presenta su imaginación. ¡Félices instantes para él! Y cuenta que ellos existen aun en el hombre de gastado corazón, aun en el genio sarcástico que tiene el don fatal de considerar al hombre mismo por la faz asquerosa de sus vicios solamente, y jamás por la bellísima figura de sus virtudes.

La imaginación, que elevando su raudó vuelo por las regiones de lo ideal, persigue á veces un fantasma en vez de la hermosa realidad que ya creía entre sus brazos, necesita reposar de su desaliento, durmiéndose en el lecho de rosas que le presentan los halagos de la posteridad. Sueña, y con ese sueño dulce y apacible dilata el corazón lacerado del poeta; abre nuevos horizontes á su escrutadora mirada; dá mas aire que respirar á su fatigada inteligencia, y esparce en su rededor el bálsamo de la esperanza y de la fé, que le inspira de nuevo, y le hace emprender con mas ardor su espinosa carrera.

Si en estos momentos de placer sublime, y decimos sublime porque en ellos callan los sentidos ante la poderosa voz del alma, que aspira á la inmortalidad; si en estos instantes, repetimos, la siniestra figura del dolor cruza la senda del entusiasmado vate, no consigue arrancarle ni una queja, ni una lágrima, por que absorto en su sueño, pasa veloz como el rayo por el reducido campo de las amarguras de la vida y goza ya un momento antes del largo día de la eternidad.

Si entonces también la helada sombra del escepticismo, intenta apagar á su contacto el fuego que arde en la mente del afortunado genio, una sonrisa de desprecio asoma á sus labios, porque es fuerte, y el escepticismo es la espresión de debilidad é impotencia del ser que no pudiendo marchar con la ciencia, ni los progresos de la humanidad; que no pudiendo subir á la altura en que se hallan colocados los otros hombres; que habiendo gastado inutilmente sus escasas fuerzas en luchas estériles, no halla otro recurso en su venganza que reirse de todo el que se halla mas elevado, siquiera para que esos seres mas privilegiados no le aplasten bajo sus piés. El genio no es, no puede ser escéptico; así como el hombre que cumple con los sagrados deberes que se ha impuesto, y con las leyes de su conciencia, no es ni puede ser cobarde en su ejecución.

Los sueños del poeta, pues, si sueños pueden

SEPTIEMBRE.

llamarse como creemos, esos castillos en el aire que forja acerca de su porvenir, podemos decir que son un paréntesis en su vida azarosa, pero un paréntesis de placer y felicidad; un oasis en medio del desierto que atraviesa en su vida, y que va marchitando una á una las flores mas bellas de su corazón, las ilusiones que nacieron en su cuna, se abrigaron en su lecho de adolescente, florecieron con el vigor de su juventud, y huirán para siempre deshojadas por el hielo de su vejez. También esas ilusiones ya perdidas florecen por un momento en esos sueños, y los vástagos que iban doblando su cabeza ante los huracanes ponzoñosos de la sociedad, vuelven á su antiguo brillo mas tiernos y mas brillantes, no de otro modo que es mas bello para nosotros el retrato de la mujer amada que perdimos, cuanto mas distantes estábamos de poder gozar á su lado los placeres de un puro y casto amor.

Juzgamos por lo dicho que son necesarios para el poeta esos recuerdos de la felicidad perdida, esos anticipados placeres del porvenir, como creemos necesario el descanso y el sueño material para calmar las fatigas del cuerpo, y los placeres del entendimiento para olvidar los dolores del corazón.

¿Y podrían llamarse poetas aquellos que nunca sintieron estos placeres? No, mil veces no, porque no tienen fé en su inspiración, porque no les anima el recuerdo de lo pasado, ni les dá mas fuerza la esperanza de lo futuro, y sin ese recuerdo, sin esa esperanza, sus cantos serán lánguidos y fríos, porque solo espresarán las afecciones de un alma que llora en tanto que el dolor la aflige, y borra estos lamentos con los gritos de alegría, del placer que le sucede; mas aun, creemos que escribiendo de ese modo no hay poesía posible, porque el genio, cualquiera que sea el objeto en que se manifieste, obra siempre guiado por unos mismos principios, por unas mismas leyes; y ahora bien, los genios de fuerza de voluntad, los mártires, ¿hubieran podido soportar los terribles tormentos de los circos romanos, si no hubieran visto mercerse sobre sus cabezas el ángel que había de conducirles al lado del Señor? Repetimos que nó: el pensamiento del porvenir, los sueños, en una palabra, son necesarios al poeta para elevarse á la altura á que aspira, para que su nombre sea pronunciado con entusiasmo por la posteridad.

La literatura misma en sus diversos ramos, no hallándose adornada con tal atavío, semejaría al insecto que creciendo, desarrollándose y muriendo en pocas horas, no deja en pos de sí rastro alguno de una existencia que solo acarició una vez el sol con su dorada luz. Si los pensamientos que forman el deleite del literato, si los sentimientos que brotan de su corazón, si las emociones que agitan su espíritu, han de sonar como una armonía pasajera en los oídos de sus contemporáneos, sin transmitirse á las generaciones venideras, ni escucharse por estas con placer, cuando ya no quede mas memoria de ese hombre que el carcomido letrero grabado sobre su sepulcro ¿á qué afa-

narse? ¿á qué sufrir los sinsabores de una profesión que paga tan mal á sus elegidos?

Gozad, pues, vates de los instantes de felicidad que os proporcionan vuestras ilusiones, y ya que la amargura y el desaliento son vuestros compañeros inseparables desde que ponéis el pié en la áspera senda del Parnaso, sean esos cortos momentos los únicos que mitiguen vuestro dolor.

E. SERRANO FATIGATI.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES,

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

NOVELA ORIGINAL.

Contra Soberbia Humildad.

Eduardo, que en medio de sus mayores calaveradas, no abrigaba nunca un pensamiento ruin, leyó con ansiedad la firma de las cartas, levó el primer renglon de la que estaba escribiendo Inés, y se las devolvió á Jorge diciéndole con voz muy conmovida:

—Vuélvelas á su sitio y vete.

Toda su cólera habia desaparecido.

Jorge, que era un excelente y fiel criado, y sobre todo que conocia bien á fondo el carácter de su amo, desapareció al instante, encogiéndose y sonriendo maliciosamente.

—Perdon, Inés! exclamó Eduardo arrebatado de alegría, sin cuidarse de la paralítica ni de Jorge que podia oír sus palabras desde el portal; perdon, hermosa mia, yo estaba loco porque tenia celos, y los celos abrasan el alma.... érame preciso saber quién era el dichoso mortal á quien dirigias tus cartas.... pero te juro por el Dios que me oye, que no he violado tu secreto... nada sé.... nada mas sino que era una mujer.... ¿Qué me importa á mí ahora el resto del mundo?.... Oh! gracias, Inés! gracias, Dios mio!

—«A quién dirigias tus cartas!» murmuraba Jorge paseándose por el portal. ¡Mire Vd. la Inésilla, que cualquiera creeria que le estorbaba lo negro! Y lo peor del caso es que mi amo toma este capricho con un fuego y una formalidad que me asusta.... Ello no deja de ser particular si bien se mira.... una chicuela de aldea saber en estos tiempos leer y escribir.... ¡Y qué sé yo lo que sabrá? porque estamos en el primer día.... bien decimos allá por Castilla, que donde menos se piensa....

VI.

¡HÉLA YA LIBRE!

Dia fué muy aciago
Ay! el alma me lo daba.

(Romancero.)

Nada mas brillante que el aspecto que presentaba la corte de Napoleon en el año de 1811. Enorgullecido con sus prodigiosas y continuas victorias, unido con eternos lazos á la ilustre familia de los Césares, asegurada su dinastía con el nacimiento del rey de Roma, habia llegado el emperador al apogeo de su gloria, abarcando con su inmenso y dilatado dominio á España y Nápoles, Wesfalia, Holanda y Roma.

Sucedianse en Paris las fiestas y los simulacros militares. Todos los domingos habia gran revista en el patio de las Tullerías, á la que asistia casi siempre el emperador, y un gentío inmenso llenaba la plaza del Carrousel victoreando á Napoleon, á la hermosa y simpática emperatriz y al inocente rey de Roma. Aquel pueblo ébrio de conquistas se entregaba entonces á todos los refinamientos del lujo y del placer, y lanzada Teresa en medio de aquel brillante torbellino, no se ocupaba ya de la llegada de Inés, sino de arrancar á la graciosa princesa Borghese su distinguido adorador; de oscurecer con su lujo y su arrogancia á todas las hermosas damas, que como otras tantas estrellas brillaban en los magníficos salones del palacio imperial.

Y preciso es confesarlo; no era la liviandad la que hacia desear á Teresa la conquista del príncipe. Teresa amaba siempre al general, ó por mejor decir, soportaba su amor, porque no olvidaba de todo punto que de él solo dependia su posicion en el gran mundo.

Por lo demás, ni amaba, ni podia comprender el amor en su espresion genuina; el orgullo lo absorbía todo en aquel corazon vacío, y cuando su pensamiento retrocedia buscando á Inés, Teresa que empezaba á temerla como si viese en ella la personificación de su conciencia, se estremecía y se cubria los ojos como si quisiera apartar de sí aquella terrible sombra, murmurando:

—Duérmete, duérmete pensamiento!

Ella, la que en sus primeras cartas suspiraba sin cesar por su amiga; ella, la que apenas oyó de boca del general «Yo amo todo lo que tú amas», se apresuró á llamar á Inés con toda la efusion de su cariño, retrocedió á los pocos momentos ante la idea de que esa Inés á quien habia llamado, podía llegar á humillarla con su virtud y su inocencia á los ojos del general, porque Teresa sabia muy bien que todos los hombres, por depravados que sean, rinden á la virtud un culto mas ó menos ardiente, pero siempre un culto.

¡Cuánto sufrió para poder sembrar en su carta del 1.º de Marzo algunas espresiones que indicasen deseos de verla llegar! ¡Cuánto al trasladar las frases en que el general preguntaba por

ella sin cesar! Solo las almas acosadas por la idea de su falta, almas débiles que no se sienten con fuerza para apartarse del pendiente sendero que han emprendido, podrán comprender la lucha que sostenía Teresa consigo misma, lucha terrible en la que siempre quedaba vencida y en la que apenas el demonio del orgullo reanimaba sus fuerzas para gastarlas de nuevo en sofocar su indómita conciencia.

Poco despues de la ceremonia del bautizo del rey de Roma, que se celebró en la capilla de Nuestra Señora con una pompa inusitada, el duque de Wurtzburgo, que habia representado en ella al emperador de Austria como padrino del principe, regresó á Viena acompañado del general D.... á quien el emperador confiaba la honrosa y delicada mision de entregar á su padre politico una carta autógrafa, explicando los motivos que le impulsaban á reunir al imperio las ciudades Anseáticas de Lubeck, Hamburgo y Breme.

A pesar de que tan imprevisto viaje dejaba á Teresa en el pleno goce de una libertad, que apetecen siempre las mujeres, sea cual fuere su posicion social, sintió que su corazon se oprimia con un presentimiento amargo, y abrazó al general con una emocion que hizo estremecer al valiente veterano.

Sin embargo, aunque aquella era la vez primera que se separaba de su querida, el arrogante militar marchó á Viena con alegría, porque era uno de esos hombres rígidos, que no admiten término medio en cuestiones de sentimiento, que obran siempre de buena fé, y que herido en lo mas intimo de su alma por el encuentro del principe con Teresa en el palacio de la princesa Medora, derramara en silencio amargas lágrimas de despecho, arrancadas por la ligereza de su hermosa protegida. Y ligera como una mariposa era en verdad nuestra jóven asturiana: lloró, suspiró, y apenas el último eco de las herraduras de los caballos se perdió en lontananza, desapareció en sus ojos la última lágrima. Y echando en olvido tristes presentimientos se entregó de lleno á la idea de gozar ampliamente de una libertad que hasta entonces le habia sido desconocida.

No se le ocultaba á Teresa lo embarazoso que era para ella presentarse en el gran mundo sin el apoyo del general, pero como merced al gran favor de que aquel gozaba con su soberano, estaba relacionada con todas las mariscales y principales damas del imperio, creyó muy sencillo presentarse con ellas en la gran fiesta que preparaba la Municipalidad de Paris para celebrar el nacimiento del rey de Roma.

Era un antiguo privilegio concedido á la buena ciudad de Paris ofrecer á su monarca la *mesa* y el *baile* siempre que nacia un heredero del trono de Francia, fiesta que iba á verificarse con todo el esplendor que Napoleon desplegaba en las ceremonias de su vacilante y colosal imperio.

Pero con gran asombro de Teresa, hiciéronse todos los preparativos para la célebre solemnidad, y ni una sola invitacion habia recibido de las ilus-

tres damas de la grandeza, á quienes habia contado hasta entonces por verdaderas amigas.

Herida en su orgullo al ver que todo su valor venia del general, avergonzada de aquel olvido, y queriendo sin embargo presentarse en aquella sociedad que habia admirado deslumbrada su lujo y su hermosura, refugióse en la amistad de Mma. Roland, coronela viuda, cuyo afecto habia casi desdenado, y la envió á buscar con su coche tirado por cuatro caballos negros con jaeces de plata, brindándola para dar un paseo por los boulevares.

Regocijóse en extremo la buena viuda, como todas las señoras pobres que, llorando noche y dia su perdida grandeza, encuentran al azar una ocasion de poder ostentar de nuevo el lujo de sus buenos tiempos, si nó como planeta al menos como satélite.

—Siempre lo dije yo, murmuraba la buena Mma. Roland, mientras se ponía apresuradamente uno de sus antiguos trajes; es una buena muchacha, loquilla como ella sola.... pero tiene un corazon escelente.

Y una hora despues se hallaba paseando en los boulevares en compañía de Teresa, cuyo magnifico traje de terciopelo azul de Francia, llamaba la atencion de la brillante y escogida concurrencia.

Cinco dias seguidos pasaron las dos amigas en los boulevares, y cinco trajes á cual mas costosos habia ostentado Teresa en su elegante carruaje, citado como modelo de buen gusto, por sus gallardos tiros y por la lujosa librea de sus lacayos; y para que se dispase por completo su reciente mal humor, en una de las vueltas del paseo, divisó el quinto dia al elegante principe polaco, que la saludó públicamente pálido y conmovido, perdiéndose luego entre la multitud de carruajes que cruzaban los boulevares.

Por aquel saludo, por aquella conmocion visible, hubiera dado Teresa un año de aquella vida de corte que tanto amaba.

Deslumbrada con la idea de atar al principe al carro de su triunfo, segura de la docilidad de Mma. Roland, que se hubiera dejado llevar en carruaje hasta el mismo intierno, buscó y rebuscó al principe para fascinarle con sus miradas, para obligarle á seguirla, porque Teresa, que como todos los advenedizos, recordaba á cada instante todo lo falso y equivoco de su posicion, temblaba de despecho al comparar el imperio que debia ejercer en los corazones la ilustre, la hermosa, la simpática Maria Paulina, princesa Borghese y hermana del emperador, con el sensual, cuanto impuro sentimiento que podia inspirar una cortesana desconocida.

—¿Pero habeis visto, Mma. Roland, la emocion que esperimentó el principe al divisarnos? exclamó al fin, no pudiendo contener por mas tiempo su loca vanidad. Oh! hubiera dado media vida porque aquel saludo se hubiese cruzado ante la verja de las Tullerías!

Pobres mujeres! en el momento en que el principe movia su rico sombrero para saludar á Teresa, reconoció en el fondo de un carruaje sencillo

y sin escudo, á la hermosa reina Hortensia, que se encaminaba á las miserables boardillas, donde llevaba diariamente por sí misma el santo pan de la limosna.

Los dulces ojos de la reina se fijaron en él con una espresion de lástima, que bastó para hacerle desaparecer momentáneamente de los boulevares pálido y aturdido.

El príncipe corrió á galope detrás del coche de la reina, que se obstinaba en sostener el incógnito, la aguardó al pié de las encumbradas escaleras que la caritativa reina se obstinaba en subir sola para no humillar con testigos á las personas que socorría, y la acompañó de vuelta hasta el patio de las Tullerías, con toda la asidua galantería de un gentil-hombre de servicio.

—Venid, le dijo la reina, con aquella sonrisa de ángel peculiar á ella sola, me habeis acompañado á los asilos de la desgracia, y mereceis que la emperatriz os nombre su limosnero particular.

El príncipe y la reina entraron en la suntuosa cámara de Maria Luisa.

Y en tanto, Teresa volvía con Mma. Roland á su casa fatigada de dar vueltas por los boulevares.

Pobres mujeres!

Ella ignoraba que el príncipe lo debía todo á la familia imperial: todo, desde una generosa hospitalidad, hasta el gran puesto que ocupaba en la servidumbre del emperador.

Había llegado la víspera de la fiesta: el Hotel de Ville estaba entapizado y adornado con una magnificencia increíble. Cruzábanse incesantemente carruajes de la grandeza y del palacio imperial, transportando flores y adornos; corrían aquí y allí los dependientes de la municipalidad, y ardía París en entusiasmo nacional. Teresa pasó todo el día y toda la noche aguardando con ansiedad un billete de convite.... Nada: la aurora del día siguiente, que era el designado para la funcion, la sorprendió sin haber cerrado los ojos: al fin á las diez de la mañana se presentó un paje de la duquesa de Abrantes con un billete de convite, pero no un billete de los que repartían los pajes de palacio, sino una invitacion particular de la duquesa, uno de esos mil y quinientos billetes que se repartieron en aquel día, para que mil quinientas personas obtuviesen la gracia de presenciar á vuelo de pájaro aquel célebre convite, pasando rápidamente por entre la mesa imperial y la primera fila de sillones que estaban destinados á las damas de palacio y á las mariscales del imperio.

—Oh, esto no es una invitacion! exclamó Teresa, roja de cólera. Esto es una burla.... no.... no.... tampoco.... es una venganza italiana.

Y se dejó caer sobre un canapé, pálida y desencajada como una muerta.

En efecto, era así. En el momento en que el mayordomo mayor de palacio había empezado á estender el billete de convite para la familia del general D.... la graciosa reina de Nápoles que se hallaba presente, le detuvo, tapando el billete con sus rosados dedos cubiertos de sortijas.

—¿Os olvidais, amigo mio, de que el valiente general D.... se halla en Viena y no tiene familia?

El mayordomo mayor levantó la cabeza, como quien interroga, porque se acababan de despachar en presencia de la reina varias invitaciones á dignatarios del imperio, tambien ausentes, y que tampoco tenían familia, pero Mma. Murat acogió su pregunta con una mirada tan severa, que no atreviéndose á poner la menor resistencia en un asunto para él tan indiferente, murmuró como avergonzado.

—Ah! teneis razon, gran señora!

Y prosiguió firmando las papeletas restantes.

La reina en tanto habia cogido el billete, despedazándole distraidamente entre sus delicados dedos. Carolina acababa de vengar la ofensa que Maria Paulina habia recibido en casa de la princesa Medora.

Entonces fué cuando la duquesa de Abrantes, mudo testigo de aquella escena, envió á Teresa uno de los mil y quinientos billetes de que hemos hecho mencion.

Pasados algunos momentos de estupor, levantóse Teresa resuelta á presentarse á todo trance en el Hotel de Ville, y envió su coche á Mma. Roland para que viniese al momento.

—Iré, murmuró con voz ahogada luego que se vió sola de nuevo, iré.... ¡Habeis pensado arrancarme de su vista porque soy todavia jóven y hermosa.... Si.... hermosa!.... añadió, poniéndose de pié ante una magnífica luna de Venecia, con toda la dignidad de una reina. Muy hermosa!.... imbeciles, os habeis engañado! iré.... le veré.... y buscaré hasta encontrar sus ojos entre.... aunque este paso hubiese de costarme la vida.

VII.

UNA PAGINA DEL IMPERIO.

«Soberbias alfombras cubrian el suelo,
Del persa orgulloso magnífico don,
Tallados sillones de azul terciopelo
Se veían de Flandes preciosa labor.
Cien lámparas de oro lucían pendientes
De la alta techumbre, y en torno se ven
Del muro alcáfitas que en tintas rientes
Copiaron las flores del gayo vergel.»

N. C. J.

La hora señalada para la gran ceremonia era la de las siete y media de la tarde; las calles de la carrera estaban desde muy temprano lujosamente tapizadas con ricas colgaduras, esmaltados tapices y frescas guirnalda de olorosas flores: un gentío inmenso entorpecía el paso de las doradas carrozas y enjaezados caballos que formaban la comitiva imperial, victoreando alegremente á Sus Magestades Imperiales y al rey de Roma.

En el momento en que repetidas salvas de artillería anunciaban la salida de SS. MM. de palacio, Teresa, que aguardaba ya en su coche á la entrada de las Casas Consistoriales, estuvo á punto de proponer á Mma. Roland que se volviesen á casa, pretestando un fuerte dolor de cabeza.

Parecia que sentia desfallecer su ánimo á la

idea de comparecer ante aquella corte tan deslumbradora como olvidadiza.

Pero en el momento en que sus labios iban á pronunciar aquella mentira, echó una mirada sobre su magnífico traje.

Era el mismo que habia deslumbrado tantos ojos en el baile de la princesa Medora.... Teresa al vestirse para ir al Hotel de Ville se vestia solo para el príncipe polaco: por eso llevaba el rico vestido sembrado de diamantes, el mismo prendido, los mismos brazaletes, dignos de adornar el brazo de una reina. Aquella idea le volvió todo su valor, y aunque un grito de remordimiento se alzaba en su conciencia, que condenaba su liviana conducta, recordó que el general estaba de muy mal humor el día de su partida, que el príncipe estaba en el banquete imperial, y que su espléndido traje, su juventud y su hermosura, podian muy bien merecer una mirada... un saludo tal vez; y ¿cómo renunciar al honroso triunfo de un saludo hecho á los ojos de Paulina Bonaparte?

El día bajaba ya, merced á la niebla del crepúsculo, ó mas bien al desórden de sus ideas. Teresa vió atravesar ante sus ojos la comitiva imperial sin percibir detalladamente cosa alguna; entre tantos colores, tantos diamantes, tantos reflejos de brillantes uniformes, que se destacaban en la semi-oscuridad como caprichosos destellos del espléndido sol que acababa de cerrar sus ojos de oro, ella solo distinguió un gallardo jóven que escoltaba la carroza de las princesas.... y nada mas. ¿Seria el príncipe?

Hundida en su carruaje lanzó un suspiro que salia de lo mas profundo de su alma: era el quejido lastimero del orgullo herido, ese presentimiento terrible de que nuestro camino se tuerce, de que nuestra estrella se eclipsa sin saber por qué, sin que seamos peores hoy que ayer, porque el trono inconstante de la fortuna está siempre en el borde del abismo, cuando no tiene por base la virtud.

SS. MM. II. fueron recibidas por el prefecto del Sena, que recitó la arenga de costumbre, á la que el emperador contestó con aquel tono de franqueza y orgullo á la vez que usaba siempre que se dirigia al pueblo.

Los ilustres convidados entraron en el salon acompañados siempre del prefecto y demás miembros de la municipalidad, á los que Napoleon dirigia por separado dulces y seductoras espresiones, expansivas en la apariéncia, pero en realidad muy calculadas, como todas las operaciones de aquel genio colosal.

El aspecto que presentaba el gran salon del Hotel de Ville era en verdad deslumbrador. Maravillosas lámparas que inundaban de luz aquel recinto encantado, regios sillones adornados con flecos de oro y esquisitos trabajos de sederia, porcelanas del Japon y de Sevres, ofreciendo en caprichosos búcaros rosas de Gueldres y tulipanes de la China.

Sobre los soberbios tapices que cubrian las paredes, se destacaban cuarenta y nueve medallones,

donde brillaban en letras de oro los nombres de las principales ciudades del imperio.

El emperador y la emperatriz ocupaban el centro de la mesa. Napoleon estaba sentado en un sillón algo mas elevado que los otros. Vestia un gran uniforme de coronel de húsares de la Guardia Imperial, y permaneció toda la noche sin quitarse un momento de la cabeza el rico sombrero que completaba su traje militar.

La hermosa y noble Maria Luisa, colocada á su derecha, ostentaba un rico vestido bordado de oro, sobre el que se destacaba la blanca luz que despedian los magníficos diamantes de su aderezo como otras tantas estrellas.

A la derecha de la emperatriz estaban el rey de Sajonia, con sus anchas espaldas cubiertas con una gran coleta postiza, que descansaba en el asiento del sillón; el de Wirtemberg en traje de paisano, y silencioso é inmóvil como una estatua; el rey de Westphalia, Gerónimo Bonaparte, con su gran uniforme de príncipe del imperio, y su mirada espresiva y benevolente; y el rey de Nápoles, Joaquín Murat, arrogante mozo, de noble porte y valiente apostura, con su gran uniforme de mariscal de Francia, y el pecho cubierto de cruces y condecoraciones.

A la izquierda del emperador estaba la primera su madre, Mma. Leticia, con un sencillo traje blanco, y notable por su elegante peinado. La reina de Westphalia, esposa de Gerónimo, con un vestido de raso blanco y un recargado aderezo de finísimo coral. La reina de Nápoles, Carolina Bonaparte, deslumbradora con sus portentosos diamantes, sus notables camafeos antiguos y su excesivo colorete en las mejillas.

La reina Hortensia, candida y hermosa como un ángel, y por último la bellísima y graciosa Maria Paulina, princesa Borghese, hablando á media voz con el príncipe polaco, nombrado recientemente limosnero particular de la emperatriz, y asociado á las obras de caridad de la ex-reina de Holanda.

Detrás del emperador estaban el prefecto y demás miembros de la municipalidad de París, detrás de la emperatriz la duquesa de Montebello y las damas de palacio, y en derredor de la mesa, como á dos varas de distancia, la fila de sillones ocupados por las esposas de los primeros dignatarios del imperio. Despues todo lo mas notable que encerraba París de diplomáticos, generales, magistrados y funcionarios públicos, y por último una confusa mezcla de coroneles, gentiles-hombres, escuderos y pages, que componian el servicio de honor, todos en pié.

Teresa en tanto permanecía en su coche, presa de un mal estar que apenas podia explicarse á sí misma, porque despues de todo, ¿qué gran desgracia le habia ocurrido? ¿Dado caso de que la corte la olvidase por algunos días, no tendrian que abrirle de nuevo los brazos á la vuelta del general? ¿Quién sabia que ella fuese allí solo por ver al príncipe? La misma Mma. Roland lo ignoraba, ó finjia ignorarlo.

Sin embargo, en vano procuraba aparentar serenidad y alegría; sus labios se abrían de vez en cuando para decir tan solo palabras vacías que nada significaban, y cualquiera otra que no fuese Mma. Roland, se hubiera seguramente dormido con aquella larga hora de espera. Pero la coronela era una mujer á toda prueba cuando se trataba de una función de corte, y entusiasmada con la idea de ver de cerca al emperador en medio de un círculo de soberanos, espiaba sin cesar las entradas y salidas de los edecanes de servicio, creyendo siempre que era llegado el momento de penetrar en el Hotel de Ville.

Al fin, á las ocho y media un ugiar abrió las puertas del salón á la multitud de damas y caballeros que habían obtenido billete. Teresa entró entonces en el Hotel de Ville, cruzó las galerías y penetró al fin en el salón apoyada en el brazo de Mma. Roland, que gozaba en aquel momento toda una vida de felicidades.

Al encontrarse sola ante aquel mundo de testas coronadas cubriéronse sus mejillas de color de fuego, y bajó los ojos avergonzada como si hubiese cometido un crimen. Obligada á recorrer el camino que le estaba trazado, pasó por entre la mesa imperial y la primera fila de sillones ocupados por las marquesas y mariscalas, llevando la vergüenza en el rostro y la ira en el corazón. La vanidad que la condujo hasta allí la hizo espiar bien amargamente su locura. Ella, que acompañada del general hubiera ocupado la primera uno de aquellos dorados sillones, era allí una joven desconocida, en cuyo rico traje todos fijaban los ojos sin saludarla.

Pasó con sus espléndidos diamantes al lado de las reinas, que volvieron un momento la cabeza para mirarla, sonriéndose después con una expresión diabólica, pasó rozando con el príncipe, que apoyado en el respaldo del sillón de Hortensia no se dignó siquiera fijar en ella una mirada, y desde entonces nada vió ya... Sus ojos extraviados buscaban con afán la salida, y su brazo arrastraba á Mma. Roland, que lejos de apresurar el paso hubiera querido detener el tiempo, como Josué había detenido el sol.

Entre tantas damas conocidas, la duquesa de Abrantes fué la única que le hizo el honor de dirigirle un saludo de sociedad; Teresa se detuvo un momento alargándole la mano con efusión, pero halló en sus ojos una expresión particular de afecto y de lástima á la vez, que la hirió en lo más vivo de su alma.

—¡Qué me ha sucedido á mí, para que así me olviden y me compadezcan! pensaba Teresa rebelándose contra el mundo que la humillaba.

En el momento en que cambiaba algunas expresiones con la duquesa, un ugiar se acercó y la obligó á proseguir su camino sin despedirse.

El billete solo permitía «pasar sin pararse» al rededor de la mesa imperial.

Era el último golpe.... arrebatada por la multitud que pasaba como ella, se halló muy pronto en la calle, donde la aguardaba su carruaje.

En el camino, desde el Hotel de Ville á su palacio, encerróse Teresa en un silencio absoluto: á pesar de que la noche estaba fría y húmeda, abrió dos ó tres veces la ventanilla del coche, porque su cabeza ardía y su garganta se inflamaba como si respirase fuego.

Mma. Roland llevó, pues, la palabra sin que nadie la interrumpiese; pero en el momento en que se disponía á subir á casa de Teresa para continuar los minuciosos detalles de lo que acababa de ver, y cuya descripción dejaba muy atrás la que de orden oficial se publicó en el Monitor, Teresa dió orden al cochero para que condujese á la señora coronela á su casa, pues debía encontrarse fatigada.

—Fatigada! no, no, hija mía; todo al contrario... muy contenta, muy ágil, muy....

—Mi querida Roland.... tengo un dolor de cabeza espantoso.... y deseo retirarme.

—En ese caso.... me quedo á pasar la noche á vuestro lado.... un dolor de cabeza!..., es decir.... una cefalalgia.... tal vez una apoplejía!.... ¿qué sé yo? Hum....

—Oh! no consentiré en que os quedeis aquí á velar mi sueño, mi querida Roland.... tranquilizaos.... no es tan grave mi estado como imagináis. Idos á descansar algunas horas, y venid mañana temprano, muy temprano.... comprendéis? Os necesito.

Mma. Roland, consolada con aquella invitación matinal que le ofrecería ocasión de pasar todo el día con Teresa, la abrazó prodigándola los nombres más tiernos, y el coche desapareció con la rapidez del rayo.

Teresa corrió á encerrarse en su gabinete, anunciando á sus doncellas que no las necesitaba para desnudarse.

Una vez sola, arrancó furiosa sus flores, sus diamantes, y fijó distraídamente sus ojos en el espejo contemplando el espantoso desorden de sus facciones.

Entonces reflejóse en aquella magnífica luna veneciana una extraña visión. Teresa vió levantarse cautelosamente la tapicería que ocultaba una puerta secreta, y aparecer el raquítico mayordomo del general, que colocó silenciosamente una carta sobre el mármol de la chimenea.

Casi asustada, volvió maquinalmente la cabeza para persuadirse que no soñaba, y vió con asombro desaparecer al mayordomo por detrás de la tapicería, que volvió á caer.

Entonces avergonzada de que un criado se atreviese á penetrar en su gabinete por la puerta secreta, corrió hacia la chimenea y abrió con ansiedad la carta, aguardando encontrar en ella la explicación de aquel enigma.

Teresa palideció.... Aquella carta era del general, pero no estaba dirigida á ella, sino al antiguo mayordomo. Decía así:

«Viena....

«Mi querido Simon. Durante nuestro viaje, el duque de Wurtzburgo, que es un gran filósofo,

ha logrado persuadirme de que el verdadero estado del hombre es el matrimonio; y poniendo en práctica su excelente doctrina, acabó de desposarme con una sobrina del Archiduque Juan, gran Vicario del imperio.

«A esa pobre muchacha le harás entrega de todos los muebles, alhajas, y demás efectos que existen en la casa, procurándole, si puedes, alguna colocación.

«El palacio estará tapizado y alhajado de nuevo para nuestro regreso, que no se efectuará hasta dentro de dos meses; y para lo que te mando las instrucciones adjuntas.

«General D....»

—Tened piedad de mí, Señor! exclamó Teresa, cayendo desplomada en uno de los sillones que ocupaban su elegante gabinete.

VIII.

EL ANGEL CAIDO.

«Y el santo de Israel abrió su mano
Y los dejó, y cayó en despenadero
El carro y el caballo, y caballero.»

Rioja.

El mayordomo del general D.... era un hombrillo como de cincuenta y seis á sesenta años, limpio, colorado y regordete, nacido exprofeso para mayordomo: astuto como un zorro, y diligente como una ardilla, aunque un poco encorvado á causa de una raquitis que habia padecido en la infancia.

Simon Bonchamps era uno de esos villanos de raza, que se gozan en verlo todo por el lado amargo, que se regocijan cuando á fuerza de indignas investigaciones hallan traición en la amistad, y manchas en la virtud.

Ayuda de cámara del padre del general, acarició á este en sus brazos cuando niño, halagó sus pasiones cuando joven, le animó y acompañó en una vida de desórdenes, y cuando su pupilo llegó al gran puesto que ocupaba en el ejército, Simon compró en su nombre un palacio en la plaza de la Concordia, le alhajó y ordenó á su gusto, y se colocó al frente del gobierno de la casa con el pomposo título de mayordomo mayor.

Aquellos fieros republicanos, que en los tiempos del directorio hacían gala de imitar las sencillas y severas costumbres de Esparta, se habían tornado con el imperio mas altivos y vanidosos que los aristócratas de raza pura. Cada palacio era un remedo de las Tullerías; cada mariscal un Napoleon en pequeño. Simon, como hombre de mundo, comprendía perfectamente todas las exigencias de su delicada posición. Sea cual fuere el grado de confianza que tuviese con su señor, aparentaba en público una obediencia ciega y un respeto humillante á sus órdenes. Firme siempre en la idea de que el mejor medio de dominar al hombre, es el de halagar sus caprichos, trataba á Teresa con toda la esquisita y puntual ga-

lantería de los criados mayores del antiguo régimen, prevenía sus menores caprichos, celebraba sus gracias, y se multiplicaba, por decirlo así, para que nada faltase á tan altiva belleza.

Pero en vano se sacrificaba Simon por captarse el aprecio, ni aun la benevolencia de Teresa; sus atenciones eran recibidas con frialdad, casi con sarcasmo: Teresa sentía hacia aquel hombre una repugnancia particular, una antipatía tan natural, que por mas que el respeto que debía al general la obligase á no faltarle nunca, su presencia le causaba siempre una conmoción interior de espanto, como la que experimenta el que distingue un aspid oculto entre las flores, y ahoga en su garganta el grito en que iba á hacerle prorrumpir el miedo.

Cuanto mas frias y estudiadas eran las frases que empleaba Teresa, tanto mas viva era la hoguera que encendía la severa beldad en el pecho de Simon, que avasallado hasta entonces por la sed del oro, habia estado cerrado para todos los demás sentimientos. Sus ojos la miraron al principio con admiración; pero cuando la hubieron hallado tan hermosa y seductora, acabaron por codiciarla, como habia codiciado hasta entonces las talegas de luises y las de la corona.

Aquel sentimiento nuevo en su alma habia hecho ya sufrir á Bonchamps una dolorosa prueba. Precisamente cuando estaba ya disponiendo su marcha el general para Viena, Simon á pesar de sus años y su raquitis, se vió solicitado para dar la mano á una rica y feísima heredera, que aunque pasaba de los cuarenta y cinco años, podia redondear su ya crecida fortuna.

Bonchamps experimentó al recibir aquella nueva alegría parecida al delirio, corriendo de un lado á otro como un niño; luego se paró, llevó la mano á la frente como quien medita arrojó al fuego la carta, y tomando un buen caballo salió á despedir al general, que partía en aquella misma tarde con el duque de Wurtzburgo.

De vuelta á su casa se encerró en su gabinete y contestó á la carta de su amigo:

«Querido Luis: No puedes imaginarte el placer que me ha causado la feliz nueva de que al fin has logrado vencer los desdenes de Lucía, decidiéndola á perder su libertad en las aras de himeneo.

«Tú, que has sido en esta ocasión el autor de mi felicidad, me harás el obsequio de hacerle ver la necesidad de aplazar nuestra dicha para dentro de.... un par de meses, pues con las lluvias de primavera me resiento terriblemente del reuma.

«Adios, no dejes de manifestar á Lucía cuantas lágrimas arranca esta forzosa dilación á su fino y acrisolado amante. —Simon Bonchamps.»

—Ahora, se dijo á sí mismo el viejo, luego que hubo cerrado la carta; aguardemos. El orden de los sucesos coronará mi obra, sin que yo ponga otra cosa de mi parte que la paciencia.

Y Simon Bonchamps siguió con Teresa la misma conducta que si estuviese en casa el general. Respetuoso, diligente, siempre con la risa en los

labios, prevenia los deseos de su joven ama, le presentaba magnificos ramilletes de flores, fingia no apercibirse de la poca simpatia que inspiraba, y esforzabase noche y dia en ocultar á los ojos de todos el atrevido pensamiento que encendiera en su alma aquella belleza altiva y desdenosa.

El viejo tenia razon; el órden de los sucesos debia traer rodando hasta sus piés la corona de flores de la cortesana.

Pero volvamos á Teresa.

Largo rato hacia que la pobre joven abismada en su dolor, no habia levantado la cabeza que ocultara avergonzada entre sus manos. Trastornada con aquel golpe tan terrible como inesperado, olvidándose de todo lo que la rodeaba para no pensar mas que en su caida, permaneci6 en el sill6n medio desnuda, hasta que pasado el primer acceso de fiebre, empez6 á sentir un frio que la hizo volver en sí, y record6 que se hallaba en las altas horas de la noche.

Empezaba entonces á oirse el lejano ruido de la tormenta: temblaban los cristales agitados por el viento y azotados de vez en cuando por gruesas gotas de lluvia; gemian las veletas con un chirrido siniestro, y la naturaleza entera parecia reproducir con cien ecos terribles todas las palabras de aquella espantosa carta.

Ay! ella habia visto ponerse el sol entre celajes de púrpura y de oro, y sin embargo la implacable tormenta conmovia el mundo con su bramido. ¡Aquel era su último sol! el último dia de felicidad es el último de la vida. ¿Qué es la existencia cuando ya no nos acompaña la esperanza en nuestro camino? No es la vida, no; no es tampoco la muerte dulce y tranquila del que duerme el sueño de la tumba, sino esa muerte que es vida todavia, esa agonía lenta del reo en capilla, que sufre cien muertes en cada instante de los que le faltan para llegar al término de la vida, y perderse en la inmensurable eternidad.

Tímida, como todos aquellos á quienes avasalla la pena, Teresa abrió sus grandes ojos mirando á todos lados con espanto, temblando de miedo y de frio á la vez, y sin atreverse á levantarse del sill6n, ni á buscar en su lecho algunas horas de reposo.

Aquel lecho, cuyas blancas colgaduras habia ella sugetado con caprichosos lazos rosado como la primera luz de la aurora, le causaba ahora una impresion penosa, como la que experimenta la góndrina al abandonar el nido amado.

Afectada por aquella idea, se levant6 resuelta á reposar un momento su abrasada cabeza en aquellos almohadones perfumados, ó morir allí antes de darles el último adios.

Las bugias descuidadas por largo tiempo, arrojaban una luz moribunda, reanimada de vez en cuando por las corrientes de aire que penetraban sutilmente por las junturas de las ventanas, las colgaduras se tambaleaban y la sombra mentia fantasmas en todos los ángulos del gabinete, y espíritus en las repetidas oscilaciones de las bugias.

En el momento en que Teresa se acercaba á

descorrer las cortinas, cay6 súbitamente de rodillas cubriéndose el rostro con las manos, y ahogando un grito que espir6 en sus labios trémulos.

Habia creido ver la sombra de la castidad que la arrojaba de aquel blanco lecho, que nunca hubiera debido profanar.

Poseida de un terror indecible quiso levantarse; pero le faltaron las fuerzas y tendió la mano en derredor como pidiendo ayuda.

Entonces la magestuosa figura del Moisés que se destacaba sobre el tapiz de la puerta secreta, pareció animarse como si tomase vida; tambaleóse algunos instantes en silencio, y desapareció á los at6nitos ojos de Teresa, dejando en su lugar al ignoble y antipático Simon Bonchamps.

Al terror que habia experimentado Teresa sucedió entonces un sentimiento de noble indignación; levantóse arrojando llamas por los ojos, y exclam6 cruzando sus manos sobre su cuello desnudo:

—Infame, salid de aquí!

Pero Simon Bonchamps no era ya el mismo: como Sixto V habia andado encorvado mientras buscaba las llaves de la iglesia, y ahora se enderezaba con toda la insolencia de un criado convertido en dueño. Por toda contestacion, mir6 á Teresa frente á frente, y di6 algunos pasos hacia ella contemplándola con una sonrisa diabólica.

—Señorita, le dijo con insultante franqueza, se han trocado los papeles.... Todo lo sabeis ya, y eso me ahorra el trabajo de entrar en esplicaciones que nos harian perder un tiempo precioso.... os habeis quedado *desacomodada* y yo soy el encargado de buscaros otra colocacion.... pues bien, aadi6 aprovechándose del silencio de Teresa, á quien la vergüenza habia hecho enmudecer; nada habeis perdido.... saldreis del palacio de la plaza de la Concordia, pero será para ir á habitar una linda casa cerca de S. German l'Auxerrois, que os pertenecerá como mi fortuna, como mi vida entera... Oh! no sabeis, señorita, todo lo que yo os amo, todo lo que yo he deseado que llegase este dia.... si os dignais ser mi ángel sobre la tierra, me haceis el mas feliz de los hombres.

Simon estaba verdaderamente conmovido; parecia aquella mujer un ser sobrenatural, un rocío celeste que debia rejuvenecer su vida gastada en estériles y bajos deseos.

—Oh! callad! callad! exclam6 Teresa anonadándole con su mirada soberana: callad! miserable reptil, que aguardais la hora de la desgracia para herir sin piedad.... Salid de aquí. Antes morir que la ignominia de ser vuestra esposa.

—Mi esposa!.... repiti6 Simon con una sarcástica y horrible carcajada; ¿y habeis creido, señora, que yo daria mi mano y mi nombre á la dama del general D....? Oh! no, señora, nunca! Os ofreci mi corazon y mi fortuna, porque sois una linda joven y os encontrais sin acomodo; por lo demás, habeis jugado muy poco en el gran tablero del mundo, cuando ignorais que despues de ser *dama* ya no es posible ser otra cosa.

Anonadada, confundida bajo el peso de aque-

llas terribles y envenenadas frases, Teresa retrocedió hasta el sofá, tomó precipitadamente su parlamenta (1) de raso, y lanzándose por la puerta secreta á las galerías bajó de un vuelo las escaleras, abrió los pesados cerrojos y se encontró en la calle sola, temblando de miedo y recibiendo sobre su desnuda cabeza la lluvia que caía á torrentes.

Aunque todavía era de noche, empezaba á distinguirse en el horizonte esa claridad dudosa que precede al día, y se atrevió á llamar á la puerta de Mma. Roland, que tardó largo rato en abrirse.

Es imposible describir el aturdimiento de la coronela, que dormía feliz soñando fiestas imperiales, al encontrarse con Teresa á aquellas horas en aquel trage, y calada de la lluvia hasta los huesos.

—Pero, hija, ¿qué es lo que os sucede? Por Dios hablad!

—Ah, señora! exclamó la pobre jóven abalanzándose al cuello de Mma. Roland: la mayor de las desgracias! la mas.... Yo vengo á implorar vuestra caridad.

—Mi caridad! mi caridad! repetía la coronela restregándose los ojos. ¿Habeis perdido el juicio?

—Oh! no, señora. El general D.... está casado....

Y Teresa prorumpió en un torrente de lágrimas.

—Casado! repitió Madama Roland con el espanto del que ve reventar á sus piés una granada. Pero cuándo? cómo?

Teresa contó lo mejor que pudo á Mma. Roland lo que acababa de suceder, interrumpiendo su narracion con gemidos que salían de lo mas profundo de su corazon.

—Casado! repetía la coronela estupefacta; abandonar así á una jóven radiante de hermosura.... hum!.... Pero al fin, hija mia, añadió tomando cariñosamente las manos de Teresa entre las suyas; á los veinte años, no es cosa de desesperarse por la pérdida de un amante.... que os ama.... estoy segura de que os ama todavía.

—Amarme! amarme cuando ha puesto en mi frente el sello de la ignominia!....

—Sofismas, hija mia, sofismas! Vuestra frente está tersa y pura como lo estaba la mia cuando me casé con el buen Roland, que Dios perdone.... Creedme; presentaos en todas partes alegre, serena y elegante, y el porvenir os sonreirá. Oh! habeis puesto en buenas manos vuestros intereses; yo seré aquí vuestro gerente, yo haré entrar á vuestros criados por la senda de las economías, y así haremos que vuestra pequeña fortuna pueda bastaros hasta que amanezcan mejores días.

—Mi fortuna! Oh! señora, yo nada poseo, nada!....

—Nada! ¿Seriais tan imbécil que estando un año entero con el general, no os hubiéseis prevenido para el día de la desgracia?

—Ah, señora! nunca se me habia ocurrido que

llegase ese día. Solo hallareis en mi bolsillo dos ó tres luises de oro.

—Dos ó tres luises! hija de mi corazon, exclamó Mma. Roland con el mayor desconsuelo; me partís el alma.... ahora es cuando conozco todo lo horrible de vuestra posicion. Yo os amo, Teresa.... yo estoy animada de los mejores deseos hacia vos; pero esta buena voluntad es impotente, porque soy pobre.... mi mezquina pension apenas me basta para llevar una vida de privaciones. ¿Qué haremos, hija mia? Vos, acostumbrada á la opulencia, inútil para el trabajo!

—Es decir, señora, dijo Teresa levantándose anegada en llanto, que no podeis recibirme, y....

—No, no, no creais que os voy á echar á la calle así: tengo mejor corazon que todo eso y sabré partis con vos mi arroz y mis legumbres.... pero en nombre del cielo, idead si podeis algun medio para arrancar algunos miles de francos á ese ingrato que....

—Ah, señora! exclamó Teresa precipitándose en los brazos de Mma. Roland con una sonrisa llena de amargura; si.... si.... se me olvidaba.... todos los muebles y alhajas del palacio son.... son vuestros.... el general me los ha cedido.

—Todos los muebles y alhajas del palacio!.... gran Dios! Ese hombre generoso os lega toda una fortuna.... Bien decia yo que os ama todavía; pero veamos, veamos esa cesion.... ¿dónde y cómo la reclamaremos?

—Ah, señora! esa fortuna que decis me será entregada apenas la reclame; pero preferiria morir de hambre antes que tomar cosa alguna como precio de mi deshonra.

—Renunciarla! renunciar una fortuna y morir de hambre! exclamaba la coronela en el colmo del asombro.

—Veo que no se trata solo de mí, respondió Teresa con una voz ahogada por los sollozos; se trata de vos, mi generosa amiga, que os proponiais partir conmigo vuestra escasa fortuna, y me ofrecéis un asilo cuando el mundo me abandona; por eso os autorizo para que reclameis todo lo que me pertenece, y dispongais de ello como dueña que sois... yo os lo cedo.

Mma. Roland estrechó cien veces á Teresa entre sus brazos, la hizo acostar prodigándola los cuidados mas tiernos, permaneció á su lado hasta el día, y á las ocho de la mañana se dirigió acompañada de un notario al palacio del general á reclamar en debida forma los bienes de su pupila.

Las transacciones fueron poco borrascosas. Simon, como buen mayordomo, habia puesto á la sombra algunos objetos de gran valor cuya existencia ignoraba Teresa, dejando en su lugar todo lo demás.

De manera que á pesar de aquella sustraccion la jóven se encontraba dueña de una fortuna, que bien administrada, la hubiera bastado para vivir en Argandenes toda la vida en una posicion holgada.

Pero Teresa no escuchaba otra voz que la de

(1) Manteleta que se usaba entonces.

la soberbia, y hallaba preferible la muerte á vivir en aquel rincón ignorado.

No sabía ella que el genio de la adversidad es implacable, y necesita hasta la última gota de sangre de sus víctimas.

Mma. Roland estaba llamada á derrochar en pocos meses aquel caudal, como había derrochado el de su difunto marido.

Simon Bonchamps, aunque sintió en el alma ver escapársele la presa de entre las manos, se consoló pronto con la idea del cuantioso dote que Mlle. Lucia Lemure iba á traerle en matrimonio, sin abandonar por eso la idea de que el tiempo traería tal vez á sus piés á la que ahora le despreciaba.

Un mes despues, Teresa recorrió los boulevares con Mma. Roland en un lujoso y elegante carruaje, y Simon Bonchamps escribía de nuevo á su antiguo amigo:

«Mi querido Luis: dentro de dos días saldrás á esperarme al camino, previniendo antes á mi hermosa futura, á fin de que se hagan al instante los preparativos para nuestro enlace.

«Merced á los cuidados del doctor Recamier, me hallo ya muy aliviado de la raquitis.»

IX.

EPILOGO.

«Hundiré á los soberbios y ensalzaré á los humildes.»

Evangelio.

En las magníficas fiestas con que la nación española celebró la vuelta de su joven rey D. Fernando, que acababa de salir del largo y ominoso cautiverio de Valencey, sobresalía entre las damas de la corte la hermosa vizcondesa de Santibañez, que á su singular belleza reunía la modestia mas encantadora.

La simpática vizcondesa, que lejos de olvidarse de su país natal, suspiraba con frecuencia recordando las risueñas horas de su infancia, escribía al ignorado párroco de Argandenes.

«Mi buen amigo: cuando recibais esta, habré depositado en Oviedo la crecida suma (corta para mis deseos) que he logrado reunir en el último baile, á fin de prestar algún auxilio á mis pobres paisanos.

«Os suplico encarecidamente que á todos los pobres mendigos que llamen á la puerta de vuestro humilde presbiterio, los enviéis á rezar algunas oraciones sobre la tumba de mi querida madre. Estos infelices recibirán en mi nombre la limosna que juzgueis oportuna.

«No os olvideis de inquirir siempre y siempre acerca del paradero de aquella persona.... para ello he destinado todos los fondos de mi bolsillo particular, y no me creeré completamente dichosa hasta que me digais que la habeis hallado, para hacerla feliz.

«Rogad á Dios porque se cumplan los deseos de vuestra amiga—Inés.»

En la falda de una de las altas montañas de Asturias, se alza la pequeña villa de S.... rodeada de alegres y frondosos vallados, de sombríos precipicios y colosales masas de granito.

Para esta villa, casi ignorada hasta que la moderna civilización sacudió el letargo de los pueblos dormidos con sus exploradores «rails-ways», el tiempo es siete veces mas corto que para nosotros; la semana solo tiene un día, día único en que se vé, en que se vive, en que se interrumpe el triste silencio que impera los demás días en aquellas calles desempedradas y llenas de lodo, el día de mercado.

Corría el año de 1844. En una tienda de paños y abacería, veíase detrás del mostrador una mujer como de unos cincuenta y cuatro años, pobre viuda que venia todos los días de mercado á servir la tienda por una cantidad mezquina.

Vestia un traje ordinario de Nazarena, cubierto en parte por un viejo pañolón de percal verdoso, desteñido por el tiempo.

A pesar de su edad conservaba todavía el reflejo de una belleza distinguida; su garganta era fina y torneada, su cabeza, cubierta con un pequeño pañuelo de algodón, por debajo del cual asomaban algunos cabellos grises graciosamente ensortijados, se levantaba erguida como para mostrar al mundo su hermosa frente, altiva como la de una reina.

Aquella mujer, era Teresa!....

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

FIN DE LA PRIMERA DE LAS VIRTUDES

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

EL ESTIO.

Mayo recoge el virginal tesoro;
Desciñe Flora su gentil guirnalda;
La sombra busca el manantial sonoro
Del alto monte en la risueña falda;
Campos son ya de púrpura y de oro
Los que fueron de rosa y esmeralda;
Y apenas riza su corriente el río
A los primeros soplos del estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa,
El valle alegre y la feraz ribera
Con voz desalentada y cariñosa
Despiden á la dulce primavera;
Muere en su tallo la inocente rosa,
Desfallece la altiva enredadera;
Y en desigual y ténue movimiento
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
La blanca aurora su rosada frente,

Reparte perlas y recoge aroma;
Se abre la flor que su mirada siente;
Repite sus arrullos la paloma
Bajo las ramas del laurel naciente;
Y allá por los tendidos olivares
Se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando
La rubia mies en la llanura ondea;
Del dulce nido al rededor volando
La alondra gira y de placer gorgoea;
Las ondas de la fuente suspirando
Quebran el rayo de la luz febea,
Y en delicados mágicos colores
El fruto asoma al espirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca
La niebla tiende su bordado encaje;
Desde el peñon de la desierta roca
Lánzase audaz el águila salvaje;
El seco venticillo que sofoca
Cubre de polvo el pálido follaje;
Y por el monte y por la vega umbria
Crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata
La esencia de la flor de los tomillos;
Y lento el río su raudal desata
Entre mimbres y juncos amarillos;
Y si al cubrir sus círculos de plata
Con sus plumeros blandos y sencillos
La caña dócil la corriente roza,
Trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla
Manso cordero del calor sosiega;
Se oyen los cantos de la alegre trilla;
Suenan los ecos de la tarda siega;
Ardiente el sol en el espacio brilla;
El cielo azul su magestad despliega;
Y duermen á la sombra los pastores,
Y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra á la rústica majada
La noble encina que á la edad resiste;
En su copa de fruto coronada
La vid de verde magestad se viste;
A su pié la doncella enamorada
Canta de amor, pero su canto es triste,
Que en el profundo afán que la devora,
Amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oído
Mas que el tierno arrullar de la paloma,
Por el monte y el valle repetido
Tristes, confusas vibraciones toma;
Y en las ondas del aire suspendido
Se escapa al fin por la quebrada loma,
Y sin que el aura devolverlo pueda
Todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves;

No circula ni un átomo de viento;
Cortadas por el sol lentas y graves
Caen las hojas del árbol macilento;
Ténue vapor en ráfagas suaves
Se levanta con fácil movimiento;
Y mezclando en la luz su sombra extraña,
Va formando la nube en la montaña.

Hinchada al fin soberbia se desprende
Del horizonte azul la nube densa,
Y el fuego del relámpago la enciende,
Y gira por la atmósfera suspensa;
Y ya sus flancos inflamados tiende,
Ya el vapor de su seno se condensa,
Y soltando el granizo en lluvia escasa
La rompe el trueno y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en occidente
De su encendido manto se despoja,
Y en los blancos celajes del oriente
Se pierde el rayo de su lumbre roja.
Brilla la gota de agua transparente
Detenida en el polvo de la hoja,
Y tendiendo el crepúsculo su planta
Del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado
Que en la fiebre de amor templó el desvelo,
Vertiendo en nuestro espíritu agitado
La misteriosa esencia del consuelo;
Así por el ambiente reposado
De estrellas y vapor bordando el cielo,
Breves y llenas de feraz rocío
Cruzan las noches del ardiente estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,
Y en tibio resplandor la sombra vaga;
La luz de las estrellas se estremece
Y en el limpio raudal brilla y se apaga;
Naturaleza entera se adormece
En el hondo placer que la embriaga,
Y lleva el aura en vacilantes giros
Besos, sombras, perfumes y suspiros.

Mas puro que la tímida esperanza
Que sueña el alma en el amor primero,
Su rayo débil desde oriente lanza,
Sol de la noche, virginal lucero;
Triste y sereno por el cielo avanza
De la cándida luna mensajero;
Por ella viene y suspirando ella
Sigue en pos enamorada y bella.

Cuantos guardais la tímida inocencia
Que á la esperanza y al amor convida;
Los que en el alma la impalpable esencia
De su primer amor llorais perdida;
Cuantos con dolorosa indiferencia
Vais apurando el cáliz de la vida;
Todos llegad y bajo el bosque umbrío
Sentid las noches del ardiente estío.



Las del tirano amor desengañadas
Pálidas y dulcísimas doncellas,
Vosotras que llorais desconsoladas
Solo el delito de nacer tan bellas;
Mirad entre las nubes sosegadas
Cómo cruzan el cielo las estrellas;
Que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo.
Que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna á mi voz, blanca hermosura,
Fuente de virginal melancolía,
Mas hermosa á mis ojos y mas pura
Que el rayo azul con que despunta el día;
Corazon abrasado de ternura,
Espíritu de amor y de armonía,
Ven y derrama en el tranquilo viento
El ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enagena
Aumenta la inquietud de mi deseo;
Tu voz perdida en el ambiente suena;
Donde mis ojos van tu sombra veo;
De amor y afán mi corazon se llena,
Porque en tu amor y en mi esperanza creo;
Y así suspende el sentimiento mío
La tibia noche del ardiente estio.

Noche serena y misteriosa, en donde
Dormido vaga el pensamiento humano
Todo á los ecos de tu voz responde,
La mar, el monte, la espesura, el llano;
Acaso Dios entre tu sombra esconde
La impenetrable luz de algun arcano:
Tal vez cubierta de tu inmenso velo
Se confunde la tierra con el cielo.

José SELGAS Y CARRASCO.

LA PIPA TURCA DEL CAPITAN JAMES.

Episodio marítimo.

24 de Diciembre de 1841.

El espectáculo del mar causa siempre una impresion profunda: es la imagen de lo infinito.... El navio deja tras sí un ligero rastro: llega inmediatamente una ola á borrar aquella leve señal de servidumbre, y el mar reaparece de nuevo tal como fué en los primeros dias de la creacion....

Hé allí Cádiz la linda ciudad con sus blancos edificios y sus azoteas coronadas de tiestos de flores.

Héla allí semejante á la virgen cristiana cubierta de vestiduras blancas, luciendo en su pura frente olorosas guirnaldas de rosas.

O á la mitológica Venus naciendo entre las espumas del mar.

O á la perezosa odalisca tendida muellemente sobre una inmensa alfombra azul.

¡Salve, hija predilecta del mar!

¡Salve, consuelo del marino cuyo rostro ha abrasado el sol ecuatorial, cuyos cabellos han flotado á impulsos de los vientos huracanados del cabo de Hornos!

Si: porque al marino que ha luchado durante muchos dias con el equinoccio, perdido en las tempestuosas aguas del golfo de las Yeguas, le sirve de gran consuelo descubrir la redonda cúpula de la Catedral de Cádiz; luego las azoteas; luego los edificios; luego las murallas; luego la tranquila bahía en la cual se mueven blandamente buques de todas las naciones del mundo.

Y sin embargo, no siempre está tranquila la bahía; no siempre los buques se mecen suavemente en ella.

Así al menos acontecia á las tres de la tarde del 24 de Diciembre de 1841.

El hábil pincel de Horacio Vernet con dificultad hubiera pintado las anchas olas que rodaban rápidamente por todo lo largo del canal, haciendo crujir los robustos cascos y empujados mástiles de los buques, que momentos antes se balanceaban con gracioso movimiento sobre la superficie tersa del océano.

Los bajeles que en el trascurso del día habian salido en distintas direcciones, volvian de arribada á guarecerse del horroroso temporal que por momentos arreciaba, haciendo sumamente peligrosa la navegacion por las inmediaciones de la costa.

Uno tras otro iban internándose los buques por el canal y se abrigaban del viento y de las olas detrás del castillo de Puntales, en cuyas inmediaciones permanecia el agua tranquila como la de un estanque.

A las cuatro y cuarto, ya no quedaban en la boca de la bahía mas que dos buques: el Royal-Thar, vapor inglés de fuerza de 250 caballos, que saliendo de Londres y tocando en la Coruña, Oporto, Lisboa y Cádiz, hacia sus viajes quincenales á Gibraltar.

El segundo buque era una goleta de guerra, esbelta, ligera, que jugueteaba entre las encrespadas olas, brincando y solazándose como el delfín en medio de su familia.

El vapor con sus dos anclas fuertemente atadas con gruesas cadenas, y aferradas en el fondo arenisco de la bahía, apenas podia resistir el empuje de las olas cada vez mas furiosas.

Empezaba el sol á ocultar su rojizo disco en el lejano horizonte tras una masa de negros nubarrones.

En este instante, los pasajeros del vapor en número de treinta personas, fuimos llamados al magnifico salon de popa, en el cual se paseaba el capitán, verdadero tipo del marino inglés, con las manos metidas en los bolsillos de un ancho y luen-gaban.

A una señal suya formamos todos en círculo á su derredor.

—Señores, nos dijo: ustedes ven el temporal

que reina; dentro de una hora arreciará mas. No podemos sostenernos sobre nuestras áncoras, y he noticiado á mi consignatario el estado en que nos encontramos, antes que quedemos de todo punto incomunicados con la plaza. Si me manda salir, me veré precisado á obedecer con riesgo inminente de la vida. Si por el contrario me permite permanecer hasta que calme la borrasca, nos retiraremos hácia la Carraca. Digo á ustedes esto, añadió, para que el que no quiera esponerse al peligro de la travesía, tenga prevenido el equipaje para volver á tierra en las lanchas que pondré á su disposición.

Al escuchar este discurso nada satisfactorio por cierto, y que el capitán pronunció con la mayor naturalidad, empezó una ruidosa consulta entre todos los pasajeros, resultando de ella, que escepto tres, los demás se dispusiesen á volver á Cádiz mientras llegaba la respuesta del consignatario.

Esta no se hizo esperar mucho tiempo, y por cierto que no podía ser ni mas lacónica, ni mas significativa.

Decia así:

«La correspondencia la tiene V. á bordo: V. sabe su deber».

El capitán hizo un gesto imperceptible de cólera, y mandó que todas las embarcaciones pequeñas, anejas al vapor, se cargasen con los equipajes y pasajeros.

Un cuarto de hora despues nos dispusimos á llevar anclas.

Las murallas de Cádiz estaban coronadas de espectadores que aguardaban con ansia é interés la lucha que iba á trabarse entre el hombre y tres terribles elementos: el agua, el viento y el fuego.

Los otros dos pasajeros, que como yo habian preferido emprender el viaje á quedarse en tierra, eran dos oficiales del ejército que marchaban á incorporarse á su batallón acantonado en Algeciras.

Llegó por fin el momento de marchar.

Las anclas arrancadas del fondo del mar se recogieron sobre cubierta, y los balances del vapor fueron tan grandes, que mis dos compañeros de viaje empezaron á sentir fuertes mareos, viéndonos obligados á bajarlos á sus camarotes.

Yo por mi parte, habituado á estas escenas, nada sentí, y despues de animar á los pobres mareados, subí á cubierta.

El capitán se mostró agradecido por la parte que voluntariamente tomaba en los peligros que íbamos á correr, y su agradecimiento subió de punto cuando le dije que podía contar conmigo para cualquiera maniobra, en el caso que tuviese necesidad de brazos para ello.

La noche comenzaba á cerrar.

El mar iluminaba con su luz fosfórica el casco negro del vapor, que con rápido movimiento hendia las olas con toda la fuerza de su pujante máquina.

Pasamos casi tocando las baterías rasantes de la *Punta de San Felipe*; saludamos á la gallarda goleta de guerra que parecia inclinarse en señal de adios al pasar nosotros por su costado de

babor; y rozando, por decirlo así, la negra cresta de las *Puercas*, dejamos muy pronto la bahía y la ciudad envueltas en la bruma que levantaban las olas.

La noche habia cerrado oscurísima.

Al través del espeso velo que por todas partes nos cercaba, divisábamos tan solo las blanquecinas cimas de las olas, y sus negros y amenazadores flancos. Pero el espacio de unas á otras parecia á nuestros ojos como la lóbrega boca de una inmensa cima.

Así caminamos hasta las once de la noche, hora en que cenando con buen apetito, y advirtiéndolo al capitán me avisase si temia que pudiésemos correr algun riesgo, que todavía se presentaba lejano á mi entender, me acosté vestido.

Apenas habria pasado una hora cuando el camarero vino á decirme que el capitán me suplicaba que subiese á cubierta.

Hicelo así, y lo encontré embozado en un tupido albornoz, sentado junto á la rueda del timón, y fumando tranquilamente en una magnífica pipa turca.

A una señal suya me senté á su lado, y empezé entre los dos el siguiente diálogo:

—Me manifestó V. deseos de estar á mi lado en el momento del peligro, y le he llamado á V. porque se acerca de una manera espantosa.

—Sin duda quiere V. asustarme, le contesté al ver la tranquilidad con que me daba un anuncio tan poco lisongero.

—Asustarle? y por qué? Tómese V. el trabajo de registrar el horizonte, el color de las aguas del mar, y verá si me equivoco ó nó.

Dirigí la vista á todas partes, y ví que en efecto el capitán no se habia engañado.

Allá en el último límite del mar, divisábase una línea de color rojizo formada por continuos relámpagos, cortando masas de nubes negras que volaban rápidamente ocultando del todo la luna que momentos antes acababa de asomarse en el horizonte. Las olas rodaban en espirales monstruosas, y su color era anteado opaco.

Oíanse bramidos sordos en el mar, y se percibían perfectamente en el aire los gritos del albatros y de la gaviota, que huían á guarecerse en las rocas de la costa: las inmensas alas del primero rozaban de vez en cuando las cuerdas de la jarcia, al pasar rápido como el rayo por encima del buque.

Despues de observar estos síntomas siniestros é inequívocos de los huracanes marinos, volví á acercarme al capitán que seguía fumando tranquilo en su pipa.

—¿Qué tal? me preguntó: ¿os decia yo bien que estábamos amenazados de un grave riesgo?

—Es verdad, capitán: pero apenas puedo creerlo al ver vuestra calma.

—¿Y qué quiere V. que hagamos? La maniobra seria inútil en este momento, y le aseguro á V., jóven, que necesitamos economizar nuestras fuerzas y reservarlas para cuando llegue la ocasión.

—En cuyo caso, repito lo que antes dije: cuente V. conmigo para todo.

—Gracias, gracias, dijo sacudiendo la ceniza y colocando la pipa en un estuche magníficamente cincelado.

Entonces noté una cosa que llamó extraordinariamente mi atención.

El rostro del capitán, que mientras fumaba había conservado una serenidad perfecta, se cambió de súbito apenas hubo ocultado en los anchos bolsillos del albornoz el estuche cincelado.

Contrajéronse sus cejas, una profunda melancolía se esparció por su cara tostada por el sol, y sus ojos azules se fijaron en el suelo, quedándose pensativo é inmóvil.

—¿En qué pensará este hombre? me pregunté, admirado del cambio repentino de su semblante.

Esperaba con ansia la explicación de aquel misterio, y muy pronto cesó mi ansiedad, pues levantando la cabeza y arrojando un suspiro, dijo:

—¿Qué vida tan triste es la nuestra, amigo mío! Sin más patria ni hogar que la estrecha cubierta de nuestro buque, entregados al capricho de las olas y los vientos! ¿No le parece á V. lo mismo?

Sorprendiome sobremanera el acento melancólico con que pronunció estas palabras.

—Confieso á V., le dije, que me estraña mucho esa manera de pensar en un marino: que dijera yo eso, pase: yo que soy animal terrestre en toda la extensión de la palabra, proseguí riéndome; pero V?....

El capitán me miró, admirado sin duda del modo con que yo contestaba á una reflexión tan grave como la suya, espresada en voz alta y de una manera tan profundamente dolorosa.

Fijó en mí sus ojos azules, y con una sonrisa entre sarcástica y desdeñosa, me preguntó:

—¿Qué encuentra V. de agradable en la vida del marino? ¿Es V. acaso de los que creen que nosotros los marinos somos de distinta naturaleza que los demás hombres?

—No tal, mi capitán, me apresuré á responder; pero creía que educados, nacidos quizá á bordo, tendrían Vds. un verdadero placer en pasar la vida en su elemento, y que sentirían cierta repugnancia hacia la tierra. Además, siempre he oído decir que las afecciones de un marino se limitan al buque que manda, y á la tripulación que le obedece.

—Y aunque fuese cierto lo que V. dice, replicó; ¿no le parece á V. que el marino puede ser herido en estos afectos, siendo así que ve espuestos al capricho de un hombre, no de un hombre, digo mal; de un negociante, á los que se los inspiran? Mire V. á proa, añadió señalándose un grupo de marineros: hé ahí una docena de hombres que como yo han sido lanzados á una muerte probable, porque convenia á nuestro consignatario el que la correspondencia llegase antes con antes á manos de sus corresponsales. ¿Qué importa que los que están á su servicio sean mutilados, ó mueran ahogados, si consigue vender sus fardos dos ó tres duros más caros, merced á las cartas que conducimos, ó á los géneros que encierra nuestra bodega? Para eso nos paga nuestro salario.

Sobremanera admirado escuchaba al capitán, sin

poderme dar cuenta del cambio repentino que observaba en él, que momentos antes me parecía indiferente á cuanto pudiera sucederle.

Lo había creído igual á la mayor parte de los marinos viejos, cuya máxima sacramental suele ser esta:

«Buen buque, cuarenta brazas de agua debajo de la quilla, y la tierra mas próxima á mil millas de distancia».

Permanecía yo silencioso mientras hacia estas reflexiones.

—Creo haber oído decir, prosiguió el capitán viendo que yo no contestaba, que los habitantes de la tierra nos juzgan con cierta severidad....

—No sé lo que quiere V. decir; repliqué interrumpiéndole.

—Sí: se dice que desconocemos los dulces lazos que unen á los hombres con sus amigos, con sus familias.... Un marino no tiene familia, no debe tenerla, lo olvidaba, añadió con sardónico acento. Se dice que habituado á luchas terribles con el océano, el corazón del marino se endurece; que somos brutales en nuestro trato; que acostumbrados á una obediencia ciega, tratamos á nuestros semejantes con el mismo imperio y tiranía que á los marineros de nuestros buques; y en fin que somos enteramente distintos de los demás hombres. Es V. de la misma opinión?

Al dirigirme esta pregunta fijó en mí sus ojos con una espresión tal, que á no haber sido por la oscuridad, quizá hubiera notado la turbación de mi semblante.

Aquel hombre, iluminado apenas por el escaso resplandor del farol del timonel, ocultas á medias sus facciones en el ancho capuchon de su pardo albornoz, parecía una lúgubre aparición precursora del huracán que se acercaba.

Confieso que tuve miedo.

Después de un momento de silencio dijo:

—Veo que es V. como todos los hombres, lleno de necias preocupaciones y errores absurdos. Puede V. retirarse á su camarote, añadió bruscamente; me engañé al suplicarle que subiese á cubierta.

—Capitán, repuse indignado de sus palabras: yo no soy negociante.

—No me importa, me contestó levantándose y volviéndome la espalda.

—*English brute!* murmuré, herido en mi amor propio, y me levanté decidido á hacerle variar de opinión respecto á mí.

Pero cuando me disponia á ello, sentí que me tiraban de la capa. Volvíme bruscamente, y ví al timonel que había escuchado nuestro diálogo en completo silencio, que puesto un dedo en la boca, me hacia señas para que me acercase.

El capitán había desaparecido hacia la proa.

—James Cripple (1) ha fumado en su pipa turca, me dijo el timonel.

—Eso no le autoriza para ser descortés, le contesté: y aunque hubiese fumado en un calumet iro-

(1) El cojo.

qués, me importaría lo mismo. ¿Qué tengo yo que ver con sus pipas?

—Oh! oh! me replicó el honrado marino sonriéndose: ¡cómo se conoce que no habeis navegado con el tanto como yo! Cuando fuma en la pipa turca, significa que tiene un humor como un huracán, y que este no está lejos.

—Es decir, repuse yo sonriéndome también, que así como el catavientos del palo mayor os demuestra de qué lado sopla el viento, así también la clase de pipa en que fuma vuestro capitán, os dá á conocer la calidad de su humor. Lo mismo me sucedía á mí cuando niño con mi maestro de escuela, amigo mío: los grados de inclinación de su gorro negro, me indicaban si había de aplicarme ó no con más recogimiento para estudiar mi lección.

—Sí; pero aquí no se trata de maestro de escuela. Ya vereis como bailamos hoy todos. Reparad en los marineros: ¿veis que silenciosos están? Pues no motiva su silencio la cercanía de este huracán que se nos echa encima, sino el haber visto la pipa turca del capitán. Ese mueble solo sale á relucir en las grandes ocasiones, como el sombreron de Patrik el vizco, bedel de mi parroquia, que solo se lo encasqueta el día del Corpus.

—¿Habeis navegado mucho tiempo juntos? le pregunté, deseoso de que me explicase el misterio que encerraba la famosa pipa.

—Desde la edad de doce años no me he separado de él, y ya paso de los treinta. Hemos doblado cuatro veces el cabo de Hornos, y otras tantas el de Buena-Esperanza: conocemos lo duros que son los bancos de Coral de Madagascar, las rocas del golfo de Vizcaya, y sabemos perfectamente á lo que saben los tifones del mar de la India y los hielos del Spitzberg.

—En tal caso podreis explicarme el motivo por qué cuando fuma en la pipa turca....

—Mejor que nadie, me interrumpió: es toda una historia. Esa pipa perteneció á su padre, que como buen marino, reposa en el fondo del mar con una bala de á veinticuatro atada á los pies: primera observación. Navegábamos á los treinta grados de latitud entre los escollos del Japon; James Cripple fumaba su pipa turca, el tiempo era hermoso: de pronto se nos echa encima un torbellino, el bergantín comenzó á bailar, como una peonza sobre la punta de una roca. Todos nos salvamos, excepto uno: ese uno era el hermano menor del capitán: segunda observación. Otra noche íbamos navegando viento en popa por el canal de la Mancha: el capitán estaba sentado á popa entre Jenny Rump su mujer, y Fany su hija: también entonces fumaba su pipa turca. De pronto nos dá un coscorrón solemne una pesada urca holandesa que tienen el casco más duro que el cráneo de los marineros que las tripulan; y zás, da una cabezada el clipper en que navegábamos: al cabeceo se sigue un ruido en el agua; era Jenny Rump que cayó de cabeza al mar para no volver á salir: tercera observación. Hace dos años navegábamos costeando la isla de Joló, en las Filipinas: á cosa de las once de la noche y cuando más des-

cuidados estábamos, nos vemos sobre cubierta una porción de moros que con yatagan y puñal en mano nos acometen, nos amarran, saquean el buque, y se llevan uno de los pasajeros: este pasajero era Fany, la hija del capitán, que dos meses después pudimos rescatar á fuerza de rupias: la pobre Fany estaba loca: cuando nos sorprendieron los moros, el capitán fumaba asimismo en su maldita pipa turca: cuarta observación. Desde entonces, cuando nos amenaza algún peligro, siempre sale á relucir la famosa pipa; á la cual os aseguro que tengo más miedo que á las rocas del Japon, á los tropezones de las urcas holandesas, y á todos los piratas de las islas de la Sonda. Siempre que la veo ante mis ojos, tiemblo de morir ahogado, ó de que el buque se haga pedazos, ó de ser comido por mis compañeros en alguna balsa abandonada. Eh! eh! esto solo nos faltaba; añadió de pronto el timonel aplicando el oído é inclinando la cabeza.

Al través del ruido del mar, del silbido del viento y del estrépito de la máquina, se oyó una voz de mujer que entonaba una canción melancólica.

—¿Qué es eso? le pregunté al timonel que estaba pálido como la cera.

—Es la loca, me contestó. S. Patrik nos asista!

—¿Qué loca?

—Fany, la hija del capitán: su cántico se parece á los salmos de los difuntos: nada bueno auguro de él, añadió meneando la cabeza. Luego subirá sobre cubierta: su padre se ha empeñado en que solo puede curarla una fuerte emoción, puesto que la causa de su locura fué también una emoción profunda. Héla allí, ya sube; añadió señalándome la puerta de la cámara de popa.

Diriji la vista al punto que me indicaba el timonel, y vi aparecer sobre cubierta una mujer que salía de la cámara.

Venia vestida de negro y traía en la cabeza una capucha blanca.

Sorprendido quedé al verla.

Paso ante paso vino á colocarse en cuclillas al lado del timonel, y fijó su mirada distraída en la luz del farol de la brújula.

Tenia la joven ojos grandes y azules, de mirada atónita, sin expresión, casi muerta.

Era Fany alta y muy delgada: su rostro era pálido, demagrado.

El timonel se separó algún tanto de ella por un movimiento instintivo, y me miró de una manera en que se traslucía el miedo.

Jamás oí un metal de voz tan dulce como el de la pobre loca al preguntar al timonel:

—John, estamos cerca de Joló?

—A seis mil leguas, señorita; contestó el marinero estremeciéndose.

—Me engañas, John; replicó la joven volviendo lentamente la cabeza hacia levante.

—No os engaño, señorita.

—Si, John, si; me engañas. Mira aquellos bosques sombríos de cedro; repara en aquellos espesísimos mangles que crecen á orillas de aquel río azul; observa ese horizonte de púrpura y oro

que se va ensanchando, ensanchando... ¿No sientes en tu cabeza los rayos candentes del sol? Parece que se me abrasan los sesos. Mira, John, cual se deslizan sobre el mar, silenciosas y traidoras, esas largas piraguas de luengos remos: míralas como pasan y repasan por delante de la corbeta como si no la vieran. La ven, John, la ven, y cuando la noche oscura y tenebrosa nos envuelve en sus sombras, brotarán sobre cubierta moros horribles que nos roben y me lleven cautiva.

John miraba con sencillez asombro hacia el punto que indicaba la loca.

—Yo nada veo, me dijo acercándoseme al oído con una naturalidad tal, que yo á mi vez miré asombrado al marinero.

—Luego, cuando me tengan en su poder, proseguirá la loca, me llevarán en hombros á una cabana muy grande, muy grande, y allí vendrá un Datto feroz que me desnudará, registrará mi cuerpo y me llevará consigo, cubriendo mi rostro con besos ardientes. Oh, John! víra, víra pronto: ya vienen, hélos allí!...

Y levantándose de pronto como empujada por un resorte, huyó hacia estribor en disposicion de arrojar al mar.

Si en aquel momento el balance del buque lo hubiese inclinado hacia aquel costado, la muerte de Fany era segura.

Afortunadamente sucedió lo contrario, y la jóven perdiendo el equilibrio cayó pesadamente sobre cubierta.

Cuando John y yo nos levantamos precipitadamente en su socorro, oímos la voz del capitán que gritaba:

—Al timon, al timon, timonel; ó vive Dios que te levanto la tapa de los sesos!

John corrió á su puesto, y se lanzó sobre la rueda que giraba furiosamente abandonada á si misma.

El capitán tenía la cabeza de su hija sobre las rodillas, mientras yo pugnaba por sugetar su flotante vestidura que arremolinaba el viento.

—Gracias, caballero, me dijo el capitán luego que hubo vuelto en si la jóven; perdóneme V. las duras palabras con que me separé de V.

—Con toda mi alma, caballero, le contesté: y ahora que mi permanencia en este sitio es inútil, me retiro.

—Quédese V. jóven, quedese V. con nosotros, dijo estrechándome la mano; y no me guarde rencor. He sido injusto con V.

—Tanto mas injusto, le dije, cuanto que yo tambien he sido marino; y el mar y yo somos antiguos conocidos.

—En ese caso aun soy menos acreedor al perdón. Pero olvidemos lo pasado y ayúdeme V. á sostener á mi hija, amigo mio.

Fany sentada entre nosotros dos, guardaba profundo silencio.

—Pobre jóven! exclamé.

—Pobre padre! me contestó tristemente el capitán. He oído la conversacion que ha tenido V. con el buen John: está V. enterado de todas mis desgracias, y de la única esperanza que me que-

da. Esta noche se cumplirá, ó seré desgraciado para siempre perdiéndola. Creo que solo un gran sacudimiento físico y moral puede devolver la razon á mi hija. Dios quiera hacer un milagro con ella. De hoy mas, amigo mio, estoy seguro de tener en V. un testigo de que los marinos amamos como los demás hombres.

—He sido marino yo tambien, capitán, como le dije á V. antes. Ahora soy militar: entre marinos y militares hay muchos puntos de contacto. Si el marino no tiene familia, el militar tampoco: si los primeros son tratados con fria indiferencia por los armadores, los segundos no lo son menos por sus gefes: si aquellos se limitan á calcular sus ganancias sin que les pasen por la imaginacion los riesgos que por su codicia corren los que tripulan sus naves, estos hacen lo que vuestro compatriota Wellington en la batalla de Watterloo. ¿Quiere V. que le refiera lo que hizo?

—Le escucho á V., caballero.

—Al ver que desaparecian batallones enteros á impulso de la metralla francesa, dirigió la vista á los que aun le quedaban en pié: calculó cuantos hombres morian á cada descarga, y contó cuantos le restaban con vida; sacó el reloj, miró al firmamento, y dijo con calma: *«aun tengo carne para una hora; y en este tiempo Blucher ó la noche llegarán, y la victoria no la obtendrán los franceses»*. Y no dió orden para que cesase aquella horrible carnicería; antes al contrario, espesó la masa de sus batallones para que las balas de cañon se embotasen en carne inglesa.

—¡Eso es horrible! exclamó Fany, tapándose los ojos.

—Pero cierto; interrumpió el capitán tristemente, y señalándome á su hija.

—¡El cabo de Trafalgar á babor! gritó un marinero.

El capitán se estremeció al oír aquel grito.

Calóse la capucha, y separó á su hija: sus ojos adquirieron un brillo extraño, acercóse al filarete de estribor, y quedóse silencioso y melancólico mirando al mar.

—Me hablaba V. de Wellington, dijo sordamente despues de un largo rato de silencio, y dirigiéndose á mí: esperad, esperad, añadió enderezando su cuerpo bruscamente. ¿Veis estas olas que avanzan bramando hacia el buque? Pues encubren millares de cadáveres de hombres, sacrificados en aras de la ambicion.

¿Oís? cada ola murmura un nombre... Escuchad... esta dice: ¡Nelson!

—¡Nelson! repitió Fany maquinalmente.

—Aquella que avanza con su cresta fosforescente formando como una aureola de gloria, dice: ¡Gravina!... ¡Churruca! prosiguió el capitán.

—¡Gravina! ¡Churruca! repeti yo á mi vez con profundo respeto.

—Mirad allá á lo lejos aquella ola negra y deforme... aquella grita... oid, oid; aquella grita: ¡Villeneuve!!! traidor, cobarde! oid, oid!

Cuando mas impresionado estaba con lo que acababa de oír, sonó un cañonazo á lo lejos.

—De rodillas, jóvenes! gritó el capitán con voz que dominaba el ruido de la tempestad. De rodillas! pasamos sobre la tumba de mi padre.

Y el capitán se arrodilló, Fany también; yo seguí su ejemplo dominado por una emoción profunda.

La loca entonces una salmódia triste.

El capitán oraba por el alma de su padre.

Yo elevé mi rezo al cielo por las almas de mis compatriotas muertos en aquella memorable y sangrienta batalla.

En el interin, las olas cada vez mas furiosas levantaban sus crestas á la altura de los mástiles del buque, y en aquel hervidero se oía el horrisono fragor de las aguas, el estampido del trueno, el ruido del granizo y el silbido del vendabal chocando en la jarcia: y en medio de este caos, al deslumbrador brillo del relámpago que rasgaba culebreando las nubes, se veía una columna de humo negro elevándose silenciosamente hácia el firmamento, tres personas arrodilladas sobre cubierta, y un grupo de marineros aterrados en la proa.

Las olas, semejantes á una inmensa manada de búfalos desbocados, avanzaban sacudiendo sus gudejas de espuma, é inundando nuestra cubierta.

—Prepararse á la maniobra, hijos míos: gritó de pronto el capitán poniéndose en pié.

—Hourrá! hourrá! gritaron los marineros lanzando al aire sus gorras.

—En cuanto á V., prosiguió el capitán tomándose la mano; le encargo el cuidado de mi hija. Vamos á hacer cuanto esté en manos del hombre para salvarnos de la muerte que la veo acercarse inexorable y terrible.

—Descuide V., capitán, dije apretándole la mano: si ella muere, moriré yo.

El marino abrazó á la jóven, que vino á sentarse dócilmente á mi lado en uno de los bancos de popa, clavado sólidamente al suelo de antemano.

Un prolongado y agudísimo silbido se oyó en el espacio, y el grupo de marineros se dispersó ocupando cada cual su puesto.

Uno de ellos trepó hasta el tope del palo mayor, y cruzadas las piernas en la jarcia, sufría impávido los terribles balances del buque.

El capitán se situó sobre el coronamiento de popa, y un profundo silencio reinó á bordo.

—El Estrecho á babor, gritó el vigia, y al impulso vigoroso del timon el vapor viró.

Hubo un momento en que el buque crugió en todas sus coyunturas, como si fuera á abrirse.

Una de sus ruedas se sumergía completamente en el mar, formando remolinos rapidísimos, mientras la otra giraba sus paletas fuera del agua.

El momento era crítico.

Una inmensa ola avanzaba bramando sobre nosotros, y su casi encorvada cima amenazaba sumergirnos, pues superaba en mucho en altura las cófas del palo mayor.

En aquel terrible instante me acordé de mi familia, de mis amigos, y sentí humedecidos mis párpados.

Fany entonó su melancólica salmódia.

El capitán seguía enhiesto sobre el coronamiento de popa.

Entonces sucedió una cosa estraña.

De repente quedamos inmóviles.

Ni un soplo de aire se sentía.

La embarcación dormía en el profundísimo surco formado por dos olas.

La frente del capitán despedía gruesas gotas de sudor, que enjugaba á menudo con su pañuelo blanco.

Los marineros se arrodillaron... yo temblé; cerré los ojos y diriji á Dios una súplica humilde.

El momento solemne era llegado.

Figuraos la impresion que deberá causar la explosión de una mina en los que son lanzados al aire por ella, y os formareis una idea de la violenta sacudida que experimentamos al choque de aquella oleada.

Abri los ojos despavorido....

Nos hallábamos á cincuenta piés de elevación sobre la cúspide misma de la monstruosa ola: un abismo se abría á cada lado.

Un grito horrible, estridente, histérico, uno de esos gritos de rabia y desesperación que nada tienen de humano, arrojaron á la vez todos los marineros al ver que el naufragio y la muerte eran inevitables.

—Padre mio! gritó á su vez Fany con acento desgarrador y agarrando con fuerza mi brazo: padre mio! los piratas!

Después de mirar á su hija con dolorosa resignación, el capitán, agarrado fuertemente al asta-bandera y embocando la bocina, gritó con fuerza: —Viva Inglaterra!!

Y con la rapidez de la flecha lanzada por el arco, bajó el vapor la pendiente de aquel precipicio, y hundió rechinando la robusta proa en el negro flanco de la ola inmediata.

El buque quedó completamente sumergido.

Un sordo zumbido y el sabor acre que sentí en la boca, fué lo único que me persuadió de que aun no había llegado mi hora.

Á poco sentí una bocanada de aire helado azotándome el rostro: abri los ojos.... Fany arrodillada, elevaba al cielo sus hermosos ojos azules: su capucha había desaparecido: luengos rizos empapados en agua caían lácios sobre su seno.

—Fany! Fany! gritó el capitán.

La jóven murmuraba una oración: luego yerta de frío, temblorosa, dejóse caer poco á poco sobre cubierta, como el lirio marchito que cede á la menor ráfaga de viento.

—Maldición! gritó James mesándose el cabello: está muerta.

—Buque á la vista! tornó á gritar medio ahogado el vigia colocado á proa.

—Por dónde? preguntó el capitán.

—Por la proa.

James Cripple abandonó á su hija después de estampar un fuerte beso en su pálida frente, y se lanzó á su puesto de mando.

John el timonel lloraba esclamando:

—Maldita pipa turca! al paso que apenas podía sujetar la rueda del timon.

Yo calculé que lo mejor que podía hacer era ba-

jar á su camarote á la pobre loca, y así lo hice. Cuando volví á subir, se presentó á mi vista un imponente espectáculo.

Ocho buques de alto bordo luchaban contra las corrientes frente al faro de Tarifa.

Seguíanse unos á otros conservando la línea recta en sus viradas.

Sus cascos, sus baterías y sus jarcias estaban completamente iluminadas.

Cada buque disparaba un cañonazo en el momento de virar, y al pasar á la altura de los que seguían el movimiento, toda la tripulación gritaba:

—Hourrá por la Inglaterra! ó, viva la Francia!

Aquellas moles parecían fantasmas colosales, pasando y repasando rápidamente á través del Estrecho.

Oíase de vez en cuando la estentórea voz de los capitanes mandando la maniobra; sucedíase un crujir de cuerdas y velamen, y luego todo quedaba en silencio.

Y la fantasma volaba sobre la desigual y líquida superficie; y á esta se sucedían otra y otra.

El Royal-Thar con su proa y costado hechos pedazos, pasó por entre aquellos magestuosos buques, como el soldado herido en la batalla por medio de tropas que aun no han entrado en fuego.

Al pasar por cerca de la popa de un navío inglés, se oyó á bordo la música del buque que tocaba el *Roule Britannia*.

El capitán nos saludó, y la marinería prorumpió en un inmenso ¡hourrá!

Dos horas despues despuntaba la aurora, y el Royal-Thar fondeaba bajo los fuegos del Peñon de Gibraltar.

—Un duro por conducirme desde el muelle á bordo! Idos al demonio, señor genovés: tú y tu lancha con todos sus arreos, no valeis diez reales.

Una carcajada homérica fué la respuesta á estas palabras, que en Agosto de 1845 dirigía yo á un patron de fatucho en el puerto de Génova.

A la carcajada se siguieron algunos silbidos de toda la pillería reunida en el muelle, al ver que otro patron á quien me dirigí, me pedia dos duros.

Furioso con aquella burla, y sin considerar que me encontraba en pais extraño disponíame á castigar á uno de los pilluelos mas próximos, cuando vi acercármese un hombre robusto, de patillas rubias, que con la mayor afabilidad y en francés lastimosamente estropeado me decía:

—Acepte V., caballero, un puesto en mi esquife y no haga caso de esa canalla italiana.

Volvíme á darle las gracias, y al verlo exclamé:

—Yo conozco á V.

El recién llegado se sonrió contestándome:

—Yo también á V.

—John, ¿qué diablos haces ahí? ¿No ves que se nos pasa la hora? gritaron á mi hombre.

—Estoy hablando con un antiguo conocido, contestó.

Y sin darme tiempo para recordar bien las facciones y el nombre del que tenía delante, me to-

mó la mano, y me condujo á un lindísimo esquife en que estaban sentadas tres personas.

Un caballero joven, perfectamente empaquetado en un uniforme inglés, una señorita algo pálida, pero muy hermosa á su lado, y al de esta un hombre de mas edad con trage de mahon completo y ancho sombrero de paja en la cabeza, fumaba en una magnífica pipa alemana.

Todos tres me saludaron al poner el pié en el esquife.

El vestido de mahon sonriéndose socarronamente con el que me habia conducido; el joven oficial ceremoniosamente; la señorita con suma reserva.

—Qué diablos significa esto? pensé yo al tomar asiento junto al fumador.

—A dónde quiere V. que le conduzcamos, caballero? me preguntó este.

—A bordo del Francisco I, contesté maquinalmente.

—Boga John, dijo lacónicamente el fumador; y el esquife voló como una golondrina.

—Ah, diablo! exclamé de pronto dándome una palmada en la frente: ya caigo. El capitán de la pipa turca, James Cripple del Royal-Thar.

—El mismo; me contestó James apretándome la mano.

El oficial y la señorita me miraban sorprendidos.

—Y la pobre Fany? pregunté inmediatamente.

—Este caballero es por ventura aquel de quien me habeis hablado tantas veces, padre mio? preguntó la inglesa ruborizada.

—Sí, hija mia.

Fany me tomó la mano, la apretó, y acercándose al oído del oficial inglés le dijo algunas palabras.

Este me volvió á saludar con la misma ceremonia, y silenciosamente como antes.

—Pregúntele V. qué es de la pipa turca; me dijo en voz baja el remero John.

—La arrojé al mar, contestó el capitán á mi oído, el mismo día que mi pobre Fany recobró su razón: ese oficial será su marido de aquí á ocho dias.

En esto llegamos al costado del vapor Francisco I; yo me embarqué en él para proseguir mi viaje á Nápoles, y la familia inglesa volvió á tierra deseándome un viaje feliz.

José M. DE GOIZUETA.

A UNA DE TANTAS.

Aunque breve y bien calzada
por bajo del «te engañé»,
niña, me enséñes el pié
con tu gracia y tu salero:
no te quiero!

Aunque tan tierna me mires

y tu cariño exajeres,
diciendo que por mí mueres
con tu acento zalamero:
no te quiero!

Bien pases y me saludes
cariñosa y espresiva,
bien vuelvas la cara altiva
con aire duro, altanero:
no te quiero!

Ora me muestres desvío,
desprecio é indiferencia,
ora la ciega vehemencia
con que amor te hiere artero:
no te quiero!

Ya darme celos procures
á otro en mi lugar poniendo,
con él hablando y riendo
con semblante placentero:
no te quiero!

Ya melancólica y triste
por probar tu frenesí,
no hables á nadie, y por mí
desprecies al mundo entero:
no te quiero!

Dirás que soy un ingrato,
que mis promesas olvido,
que soy falso, fementido,
aleve, mal caballero!...
no te quiero!

Muy bien pudiera engañarte
diciendo que te adoraba,
que muerto de amor estaba
por tí; pero soy sincero:
no te quiero!

Y no culpes tu belleza,
porque es escesiva á fé;
jamás negarlo podré;
serás muy hermosa, pero...
no... te... quie... ro!

J. DE P. B.

EL LEPROSO.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

Allí es donde yo venia todos los dias por la mañana al levantarse el sol, por la noche cuando se ponía. Allí era donde volvía á hallar la

calma, despues de una noche de agitacion ó insomnio, despues de un dia de trabajo y cansancio. Mi buena María sabia igualmente dulcificar mis penas y ayudarme á sobrellevar el trabajo con paciencia. Su voz era dulce é insinuante; salia de su boca, se mezclaba á sus palabras no sé qué bálsamo consolador que calmaba y cicatrizaba mis heridas, un espíritu vivificador que escitaba y fortificaba mi valor. Ella me exhortaba á la resignacion, y á la palabra se unia el ejemplo. Ya no era aquella niña tímida y débil, á quien yo consolaba en otro tiempo, y cuyas lágrimas habia enjugado tantas veces. Era ahora una alma firme y tranquila, un modelo de resignacion que yo admiraba y trataba de imitar. ¿Cómo, pues, se habia obrado aquel tránsito repentino de la debilidad á la fuerza? Ah! es que mi hermana sabia mas que la mayor parte de los hombres, y no habia buscado su apoyo en sí misma; conocia su debilidad y habia llamado en su socorro á un protector poderoso que jamás niega sus consuelos al desgraciado que los invoca. Dios y la religion! Fuerte con el auxilio divino, María se hacia superior á sus desgracias: semejante á la yedra, cuyas ramas débiles y flexibles no podrian sostenerse por sí mismas, pero que ya entretreídas con el tronco nervioso de la encina ó del olmo adquieren la misma fuerza y pueden con seguridad burlarse de los vientos y de las tempestades.

Y yo tambien me sentia mas tranquilo y mas resignado. Los consuelos y el ejemplo de mi hermana fructificaban en mi alma y la mejoraban. Un cambio total se hacia en todo mi ser, y yo no era el mismo hombre. Principiaba á considerar mi estado con mas sangre fria, me parecia que habia minorado mi desgracia. Los padecimientos físicos habian perdido por sí mismos algo de su violencia, la lepra atenuaba sus tormentos; mi sangre estaba menos ardiente y menos agitada; las calenturas abrasadoras de la noche se calmaban poco á poco, y principiaba yo á reconciliarme con el sueño. ¡Tanta influencia tiene el estado del alma sobre el del cuerpo!

¡Y todo era obra de mi hermana! ¡Cuántas gracias le rendia tambien por ello! ¡Cómo trataba de recompensarla con mis diligentes cuidados y mis agasajos, por aquellas delicadas atenciones que la amistad solo adivina, así como ella solo es capaz de experimentarlas! ¡Con qué fervor rogaba á Dios por ella, y cuán ardientes eran los votos que hacia por su conservacion! Esperaba que ese Dios tan bueno y tan justo, á quien ella me pintaba sin cesar como el apoyo del desgraciado y el consuelo del afligido, tendria lástima de mí y no despreciaría mis súplicas. Ay! ¿podía acaso rehusarme lo que le pedía! Tenia tantos derechos á su misericordia! ¡Era inocente y desdichado! Hé ahí lo que me repetía sin cesar mi alma ansiosa de esperanzas; y yo, me dejaba llevar de esa voz seductora y esperaba aun. Oh! ¡Cuán fácil es al hombre cegarse sobre aquello que le interesa! ¡Cuán incomprensibles son á

veces estos sentimientos, y cuán extravagantes estos sueños! ¿Se podrá creer que la esperanza tuviese cabida en un corazón engañado ya de un modo tan cruel, que la ilusión pudiera habitar un solo instante en este horrible sitio manchado con mi aspecto impuro; en este sitio del dolor, del padecimiento y del insomnio? ¿Concebirse podrá el que un leproso, la escoria del mundo, abrumado bajo el peso del horror del género humano, se haya atrevido aun á soñar con la felicidad! ¡La felicidad con la lepra, qué sueño!...

Y sin embargo, conozco que mi esperanza no era del todo quimérica, y que mi hermana hubiera podido realizarla. ¡Ah! si Dios hubiese dejado á mi lado aquel ángel consolador que me había concedido en medio de su bondad, la calma hubiera entrado completamente en mi alma, y por fin hubiera sido feliz. Ya empezaba á serlo, pues la amistad de mi hermana me consolaba de todo, me lo hacía olvidar todo, hasta la lepra con que estaba cubierto, hasta el horror del mundo que sobre mí pesaba. María me quería y se compadecía de mí. ¿Qué me importaban los hombres? Entre ellos y yo todos los vínculos estaban destruidos. Me habían rehusado el nombre de hermano, yo debía también imitarlos; habían lanzado sobre mí su maldición, y yo les devolvía... no odio por odio; la religión me había enseñado una venganza mas noble: si, no contento con olvidar todo el daño que me habían hecho, me sentía aun capaz de perdonarlos; pero los despreciaba.

Perdóname tú también, oh sensible lector, si mi voz repite complacida sucesos felices; pero es mas grato cantar que gemir; y ya que estos son los únicos recuerdos hermosos con que yo puedo refrescar mi memoria ajada por el infortunio, permite al menos que descansen en ellos un instante con el fin de tomar aliento; pues para continuar necesito toda mi fuerza y todo mi valor. Todos estos males, cuya relación tu curiosidad te hace aguardar, acaso con impaciencia, me espantan y me abruman; titubeo en describirlos, porque van á renovar y exacerbar mis heridas: son otras tantas saetas envenenadas, otros tantos dardos agudos y encorvados que arranco con esfuerzo de mi corazón, que aun destila sangre. Tus lágrimas, si viertes algunas, serán dulces y fáciles, como las que hace brotar la compasión, las mías serán amargas y penosas; serán de aquellas abrasadoras que arranca el dolor; de aquellas que desgarran, que matan. No importa, el sacrificio está principiado, que se consuma!

II.

Ya no existe mi pobre María! Ay de mí! Demasiado cierto es aun cuando en mi desesperación haya tratado algunas veces de dudar de ello. Ya no existe! Hace ya mucho tiempo, si he de juzgarlo por lo que me han parecido estos años perpétuos, cuyo número he olvidado, pero que

he creído tan largos por el tiempo, fastidio y padecimientos. Ha pasado, porque su suerte era pasar, así como todo lo que es mortal; me ha abandonado, porque es preciso que todo me abandone, porque soy un ser aislado, un objeto de horror y de maldición, destinado á padecer solo y sin comunicación, á bañarme yo mismo en mis propias lágrimas.

Me ha dejado solo, sin apoyo, sin consuelo, sin mas compañero que el dolor y el padecimiento; sin mas amigo que esta soledad inanimada, de la que me he creado un ser, á fuerza de considerarla como nada, como un absoluto vacío, como el mayor de los males que pueda temer el hombre. Ahora (pues ya me siento mas frío y mas tranquilo) este nombre de soledad ha perdido algo de su horror; me he acostumbrado á él con el tiempo, así como me he acostumbrado á las lágrimas, al dolor, á la lepra. Cansado de estar solo, he llegado, con mi imaginación enferma hasta el punto de personificar la soledad, y ahora cuando pronuncio esta palabra me figuro alguna cosa, el ángel de este desierto, el testigo de mis largos tormentos, de mi suplicio prolongado; este eco compasivo que siempre ha llorado, gritado, gemido conmigo, y con esta idea no me encuentro tan aislado. ¿Es posible que la necesidad de amar sea de tal manera irresistible, que repelido por todo lo que existe me haya hecho un amigo de la soledad?...

Mas conozco demasiado que mi imaginación desvaría, y que á pesar mío me desvío de mi objeto. Desgraciado, ¿cómo tratas de alejar el instante fatal! al borde del abismo te falta el ánimo, se hiela tu valor.

Efectivamente me falta... sinó ¿titubearía tanto en precipitarme en una sima? Oh María! mi pobre María! verte morir otra vez.... ¿no era bastante con la primera?

Era una noche de otoño; lo recuerdo muy bien, pues todas las circunstancias de ese fatal suceso se presentan á mi imaginación con una fidelidad extraordinaria: están grabados en ella por la mano de la desgracia. Oh! la memoria es uno de los grandes azotes del infortunio: los recuerdos alegres, los recuerdos de gozo y de placer, si existen algunos para los desdichados, pasan con rapidez, cual una ilusión soñada, como si temiesen hacer durar la impresión de la felicidad: es un ramillete que pasa, exhala una mezcla vaga de perfumes y ninguno se imprime, y todos se olvidan un instante despues. Los recuerdos del dolor al contrario, vienen uno á uno con su carácter particular, pero todos agudos y amargos: se suceden lentamente para que cada uno tenga tiempo de desgarrar y de hacer se saboree despacio su hiel.

El sol declinaba hácia su ocaso; el viento de la noche soplaba entre las hojas secas, y unas sobre otras caían tristes y silenciosas.

Es bastante singular, pero siempre me ha parecido desde aquel momento que la naturaleza tenía entonces un aspecto mas sombrío que de

costumbre. ¿Acaso sería efecto de mi imaginación herida? No puede formarse la idea de que el día que me arrancó lo mas precioso que tenía en este mundo, fuese un día igual á los demás. Dicen que la desgracia hace á uno supersticioso.

Escondido detrás de las nubes blanquecinas, estaba el sol pálido y sin calor; su luz, casi apagada, se parecia al último rayo que despidió el ojo de un moribundo.

Me paseaba segun costumbre á lo largo de mi sendero favorito. Por un lado, el seto de lúpulos; por el otro, una calle de plátanos. El aspecto de este árbol es triste en el otoño: sus hojas son de las primeras que se secan y caen: «Mas feliz que los demás árboles, (me decía á mí mismo) no vé mas que días hermosos!...»

Y seguía á pasos lentos, entregado á ideas tristes; pero que no dejaban de tener atractivo, pues despues de las agitaciones violentas del corazon, despues de los tormentos de la lepra, la melancolía es un estado de calma; es casi la dicha. Todo cuanto me rodeaba parecia convidarme á aquella tristeza pensativa. El otoño es la estacion del desgraciado; entonces al menos se siente en su lugar, pues la naturaleza es el eco de su dolor: los dos parecen llorar lo que han padecido. Sin embargo, mi hermana no venia...

A esta idea mi corazon se turbó; un presentimiento horrible... lo ahogué con furor como se ahoga á la culebra pronta á morder, y traté de explicarme esta detencion y llamé en mi socorro á la ilusion. La ilusion!... hé aquí el hombre! El desdichado siempre trata de ocultarse, de envolverse de ilusiones, como si la realidad, la espantosa realidad no estuviese pronta para disparlas.

La agitacion habia precipitado mis pasos; queria destruir la impresion fatal que habia recibido y dirigia la vista á todos lados para distraerme; pero entonces lo veia todo con los ojos de mi alma herida, y el cuadro me parecia mas oscuro. Hallaba en todas partes las ideas de que queria huir. Si me fijaba en el sol lo hallaba cubierto con un velo triste de pálidas nubes: acá y acullá únicamente algunos puntos sombríos: era el color de una mortaja manchada de negro. Estos árboles con sus ramas negras y despojadas, parecian esqueletos; pisaba las hojas, eran cosas muertas. Por todas partes ideas de muerte, de luto, de destruccion!

Estaba espantado: mi inquietud llegaba á su colmo. «Oh! exclamé, como queriendo salir de un sueño penoso: la realidad, cualquiera que sea, mas bien que una incertidumbre tan terrible!» y precipitando mis pasos, corri hacia nuestra choza.

Era casi de noche en el interior: la luz apenas penetraba en ella, pues habia tenido cuidado de cercarla de árboles por todos lados para ocultarme á los ojos de los hombres, de quienes era el espanto. Oh! cuánto hubiese dado en aquel momento por oír algun ruido, el mas débil, el mas insignificante en apariencia!... A un solo ser se lo podia atribuir: escuché... nada!... era

el silencio de una bóveda, aquel silencio que espanta y hiela!... En pié, inmóvil, yo no respiraba.

Duró algunos momentos aquel estado de angustia, medio horroroso entre la vida y la muerte, imagen de la una por la inmovilidad física, de la otra por la inquietud despedazadora del espíritu. Yo no podia aguantar mas... De repente, el sonido débil de una voz humana... Era mi nombre... Era su voz!... Doy un grito; el primero de aquella clase hacia mucho tiempo, y mi corazon comprimido se dilata... Qué momento! No, no, no se muere uno de un arrebato de alegría.

¡Pero cómo se desvaneció aquel sentimiento pasajero de delirio al aspecto del cadáver de mi pobre hermana! Bien puedo decir cadáver, pues lo que la quedaba de fuerza y de vida bastaba apenas para dárla movimiento. Todo su cuerpo estaba destruido por la lepra; y sobre sus mejillas estaba ya impreso el sello de la muerte. Aquella figura pálida sobre un fondo negro formaba un cuadro espantoso!

Al verla quedé consternado. La transicion era rápida y violenta. Qué agitaciones! Eran las suficientes para matar á un hombre, y yo pude resistirlas: era jugar con la desgracia!

Cuando la ví en aquel estado, bien conocí que todo se habia acabado para ella. En mi desesperacion, llevado de un movimiento frenético, me precipité sobre mi hermana, la abrumé de caricias, la cubrí de besos. Hubiera sido un espectáculo desagradable para ojos estraños, el ver á dos seres asquerosos, cuya sola vista causaba horror, confundiendo así su aliento y su lepra. Para nosotros tenia sus delicias.

Entonces nos desquitábamos con deleite de una penosa violencia de muchos años, nos apresurábamos á consagrar á ese último placer los pocos instantes que nos dejaba la muerte avara y celosa.

María tomó la palabra y me dijo:

—Oh amigo mio! oh querido hermano! conozco que tu vista me alivia; ella me ha reanimado, retarda algunos instantes el término de mi vida. Ah! ya que me queda todavía alguna fuerza, salgamos de aquí, te lo suplico. ¿Ves como todo está sombrío, como todo está negro? Esta habitacion parece un calabozo: morir en un calabozo! en la atmósfera del crimen!...

—Y el corazon de María no ha conocido nunca la maldad! exclamé estrechándola sobre mi corazon.

—Ojalá juzgue como tú aquel cuya sentencia oiré bien pronto! Pareció recojerse un momento con aquella idea, y de repente exclamó:

—No perdamos tiempo; la hora se acerca. Aun quiero ver el sol, el sol de hoy antes que se ponga: el de mañana ya no lucirá para mí. Quiero volver á ver mi jardin, el cenador de madre selva que tú mismo construiste en el principio de nuestra mansion aquí, en donde me dormia á la sombra durante los grandes calores del verano, á don-

de iba todos los días á rogar á Dios por mi desgraciado hermano....

Al concluir estas palabras se levantó y principió á andar; mas sintiéndose demasiado débil, me dijo:

—Será necesario que tú me lleves allá.

Después de un momento de silencio, añadió:

—Es el último trabajo que te da tu pobre hermana!

Llamaba eso un trabajo! Llevar á mi hermana en mis brazos un trabajo! Con semejante carga hubiera sido el mas feliz de los hombres, sin una idea amarga, pesada, que se mezclaba con todas mis sensaciones, como un veneno mortal, que veía escrita sobre la frente descolorida de mi hermana, y que me repetía á cada paso: «Es á su sepulcro á donde la llevas!»

Salimos. Después de haber dado algunos pasos en el jardín, mi hermana me dijo que la dejase sobre la yerba. Se sentó al lado de una flor, única viva y fresca en medio de otras flores muertas ó marchitas. La cojió y me la presentó diciendo:

—Esta flor no debía ser cojida tan pronto; la conservaba para tus días.

Esta idea la entristeció; derramó algunas lágrimas al recordar aquellas épocas deliciosas de nuestra niñez, que se presentaban á su imaginación brillantes y variadas, en medio de aquellos días tranquilos, como flores esparcidas acá y acullá sobre una alfombra lisa de verdor. Yo también pensaba en una época; pero en la época venidera; y mis ojos estaban enjutos.

Para mis días.... decía ella! ¡Cuán mal sonaban aquellas palabras de alegría y de locura al lado de la soledad, del insomnio y de la lepra!.... ¡Había pues días de fiesta en medio de aquellos días de dolor y de miseria?.... Sí, sin duda, al menos llevaban el nombre de tales; mas no estaban consagrados á la alegría ni á los placeres ni á los festines: los pasábamos como los demás, padeciendo.

Y también esas palabras en su boca, en semejante momento; cuando la tumba estaba allí abierta, impaciente de tragar su presa....

Efectivamente, fué un día de fiesta para ella: pasar de una tierra de destierro y lágrimas á los brazos del Eterno, al seno de la felicidad, y de una felicidad sin nubes, sin límites, sin fin!.... Pero yo, yo, desgraciado! que la veía moribunda delante de mí; obligado á sobrevivirla, condenado á lastimar su tumba con mis gritos de dolor, á arrastrarme en la humillación, en la miseria, como un gusano en el fango; siempre solo, vil á los ojos de los hombres, aborrecido de los que me conocían, ignorado de los demás. Con tan horrible perspectiva delante de mí ¿podía oír sin estremecerme aquellas palabras de una ironía punzante?

No era ese el efecto que mi querida, mi adorada hermana aguardaba de sus palabras. No creía herir mi corazón descubriéndome su alma cariñosa y delicada. Mas la disposición de espíritu en

que me hallaba daba un carácter áspero á las expresiones mas dulces, á las ideas mas tiernas. Hay ciertos enfermos para quienes la misma miel es amarga.

Seguimos andando. Mi hermana no quiso que la llevase en brazos, prefirió arrastrarse apoyándose sobre mi hombro. Quería, al dejar este mundo, despedirse de él, es decir, de su jardín: para nosotros el universo no se extendía á mas. Se paraba á cada paso; un árbol, una planta, un arroyo de agua clara llamaban su atención; quería verlo todo, lo examinaba todo con la curiosidad minuciosa y tierna de un desterrado, pronto á dejar para siempre la casa paterna y los campos en donde pasaba sus apacibles días. María sin duda no hallaba en estos sitios ningún recuerdo de esta clase; pero qué, ¿no hay mas que la felicidad que nos interese? ¿Y no se ha visto nunca á desgraciados cautivos, saliendo de su calabozo, derramar lágrimas de ternura sobre aquella piedra que mojaron tantas veces con lágrimas de desesperación?

Al llegar al cenador de madre selva nos paramos. Dió una mirada de despedida al interior, después se sentó, ó por mejor decir, se dejó caer cansada y sin aliento sobre un banco de césped. Efectivamente, había hecho un esfuerzo penoso en aquel estado de debilidad y aniquilamiento. Sin embargo, pareció reanimarse de repente, y alzando los ojos y las manos al cielo exclamó:

—Temía no poder llegar; pero ya estoy aquí... estoy contenta. Aquí, al menos, será á la faz de Dios y de sus ángeles, y el vuelo de mi alma será libre: se apresurarán á recibirla en medio de sus coros triunfantes, y la llevarán hasta el seno del Señor con cantos de alegría!

Y su mirada brillaba; la esperanza había animado sus facciones, hecho saltar una chispa de vida de aquella fría imagen de la muerte. Entonces aun me pareció hermosa; hermosa como la virtud vencedora de la desgracia. Pero bien pronto la humildad cristiana vino á contener aquel movimiento de satisfacción, tan natural á una conciencia pura y tranquila: bajó la vista hacia la tierra y pareció avergonzarse de su orgullo. De su orgullo.... si llamaba aquel sentimiento orgullo, ¿quién se atreverá todavía á creerse justo entre los hombres?

Sus facciones volvieron á tomar al momento su expresión de abatimiento. Pertenecía aun á este mundo; es como decir que en su corazón había un lugar para el dolor. Estaba triste, pero sin poderse explicar su tristeza; iba á gozar, y sin embargo tenía pesares.

Me acuerdo que estaba vuelta hacia el occidente. El sol, en el momento de ponerse, había logrado despojarse de su velo de nubes y despedía un último rayo de luz; pero tan débil, que la vista del hombre podía fijarse en él.

—Ves ese astro? me dijo: al mediodía sus rayos deslumbraban; ahora han perdido su brillantez y sus fuegos. Es lo mismo que yo; en otro tiempo mis ojos tenían también resplandor y fue-

go, mi cara brillaba de juventud y de felicidad: ahora mi vista está apagada, mi semblante pálido, cadavérico... De aquí á pocos instantes aquel globo de fuego se apagará, mi vida también. Pero mañana saldrá radiante y vivificando; los lugares que alumbraba ayer los alumbrará mañana. Y es la última vez que puedo mirar estos objetos que la desgracia y el aislamiento me habían hecho amables, pues mis ojos cuando se cierran no se volverán á abrir!...

¡Con que cuando deje de verte será para siempre!... Para siempre! Oh! nó, sin duda, no importa: esta idea de separación es horrible... Oh! qué bien nos haría Dios si nos dejase morir juntos! Qué felicidad para los dos, ¿no es cierto? Huir desembarazados de este cuerpo impuro, lejos de una tierra en donde tanto hemos padecido, tú sobre todo! Tus largos padecimientos nos abrirían las puertas del cielo, pues la desgracia es un título para la clemencia de Dios. Los dos reunidos en medio de su corte celestial cantaríamos sus loores, y como el pobre Lázaro del Evangelio, envidiarían nuestra dicha los poderosos de la tierra.

Mas ay! no es mas que un sueño... un hermoso sueño... El Señor lo ha dispuesto de otro modo; cúmplase su santa voluntad... Pues bien, marcharé sola: sola me presentaré á su formidable tribunal; y si se digna recibirme en el número de sus elegidos, me verá sin cesar postrada al pie de su trono; oirá mis humildes ruegos; todos serán para tí, para que te liberte cuanto antes de tus males y te saque de este mundo. Entre tanto, resignate, y no murmuremos nunca de sus decretos. Sobre todo, por grandes que sean tus tormentos y tu disgusto de la vida, guárdate de atentar contra ella, pues Dios tiene odio al suicidio. Mas el instante se acerca... oremos, oh hermano mió! oremos, para que el Juez supremo eche sobre mí una mirada favorable y no me trate con todo el rigor de su justicia!

Me arrodillé, y juntando mis manos oculté en ellas mi rostro. Oré largo tiempo con fe, con alma, con fervor, como no había orado nunca. Era la oración mas grata á Dios, la del corazón. Mas elocuente que todas las demás, se espresaba con suspiros, lágrimas, sollozos. Si, yo lloraba, sollozaba, en aquel momento estaba mas bien enternecido que afligido.

Mas cuando me levanté, ella estaba sin movimiento, con los ojos cerrados y la palidez de la muerte. Bien debía esperarle; y sin embargo, aquella vista produjo en mí el efecto de un suceso fatal é imprevisto. Di un grito de angustia y me precipité sobre aquel cadáver. Le estrechaba con fuerza contra mi seno palpitante, le abrazaba con furor, tratando de reanimarle con mi aliento abrasador; la llamaba á voces: María! María! como si hubiese esperado despertarla de aquel sueño profundo. Y despues todavía besos, caricias, gritos! Todos aquellos arranques de ternura ardiente, podían vivificar una estatua de mármol, y el cadáver de mi hermana se mantuvo frío y

helado, y mis gritos se perdían en la noche y en el silencio.

Entonces una desesperación feroz y sombría se apoderó de mi alma; se agotaron mis lágrimas, se secaron mis ojos. Me levanté estremeciéndome de mi ineptitud y di algunos pasos en medio de la oscuridad, despues me paré de pronto. Mis movimientos se hicieron mas lentos; de vez en cuando algunos gritos sordos, inarticulados, gestos convulsivos... Pasados algunos instantes, estaba enteramente inmóvil, solo, en medio de las tinieblas, tan muerto físicamente como el cadáver tendido á mi lado; pero debajo de aquella cubierta insensible, mi alma estaba en el suplicio.

Muerta! exclamé con aquel grito concentrado que dá el hombre agitado que vuelve de una horrible pesadilla; muerta!... Y aquella idea ofuscaba mi cabeza, trabajaba mi cerebro, me partía el corazón...

Oh, nó! decía sonriéndome: no está muerta, es imposible, acaba de dormirse... Duerme, querida María, duerme; aguardaré á que despiertes y nos pasearemos juntos, y dulcificarás mis males, y me leerás aquel pasaje del Evangelio que dice: «Bienaventurados los que lloran, porque los consolarán...» Oh, ángel mió!... es imposible que hayas pensado dejarme. Ay! ¿quién quieres que me ame y tenga compasión de mí si tú me abandonas?... De repente me pareció oír risotadas á lo lejos; vi una fantasma bajo la figura de un esqueleto, como nos representan la muerte. Su dedo descarnado me señaló un cadáver, con un gesto irónico, atroz... él era!... el de mi hermana! Entonces el sueño cesó; mis cabellos se erizaron, me cubrió un sudor frío y caí en una especie de estupor. Pero siempre era un estado afflictivo, inaguantable, de agonía.

Cuánto tiempo duró? lo ignoro. Solo sé que cuando volví en mí, la noche parecía bastante adelantada, y la luna brillaba al través de los ramosos árboles. El primer objeto que hirió mi vista fué mi pobre hermana, muerta, inmóvil, las manos cruzadas en la actitud de la oración. Entonces fué cuando conociendo la enormidad de mi pérdida y mi triste porvenir, quedé aturdido con semejante golpe y como rendido debajo de un peso terrible. Se doblaron mis rodillas, me sentí desfallecer. Ah! si la muerte hubiese tenido lástima de mí!... Pero no; mi destino atroz quiso que resistiese aquella prueba. No pude morir!

Sin embargo, un último deber me quedaba que llenar todavía: era amortajar los amados despojos: tarea sagrada, deber sagrado pero penoso y que despedazaba mi corazón; pues aunque ya demasiado separados por la muerte, me costaba trabajo levantar entre su cadáver y yo aquella última é insuperable barrera. No obstante, la cumplí. Yo soy quien abrió la sepultura, quien hizo el ataúd, quien entregó á la tumba su víctima. El ruido que hizo al caer el féretro resonó dolorosamente en mi corazón.

La ceremonia de sus funerales fué sencilla y sin aparato, no teniendo mas que á Dios por tes-

tigo, al astro de las noches por cirio fúnebre, y por cura, por amigo, por asistentes, á mí, á mí, cuyo dolor solo valia por todos los dolores reunidos del acompañamiento del mundo: traté de recitar el oficio de difuntos; pero la voz me faltó, y mi lengua quedó paralizada por el dolor. Me contenté con orar mentalmente, y cubriendo con tierra el ataúd, me retiré en silencio y con el corazón traspasado de aquella escena de desesperación.

Mas las lágrimas se han acumulado sobre mi corazón. Permite, oh tú, que me lees y te compadesces de mí, que vaya á aliviarme un momento derramándolas sobre su tumba. Ahora al menos puedo llorar. Este es un consuelo que me ha sido negado mucho tiempo.

Me he dicho á mí mismo alguna vez: si estuvieses en el momento de nacer y te fuera dado escoger entre la nada ó la vida ¿qué elegirías? ¿La nada?... Esta sola idea me espanta, me representa una sima vacia, inmensa, sin fondo, en donde reinan un sueño, un silencio mil veces mas absoluto que el sueño y el silencio de la muerte: una noche, á cuyo lado la noche mas oscura parecería esplendente luz: sima que absorbe y no vomita; y que si me sumerjo en ella, al momento me disuelvo, me quedo hecho polvo; ó por mejor decir, me vuelvo vacio, nada, menos que nada. Ser menos que nada! oh, no, jamás!...

Y no obstante, cuando trato de llevar la vista sobre la serie espantosa de dias, de meses, de años que se han sucedido desde la muerte de mi pobre hermana; dias de lágrimas, de fastidio y de miseria; dias uniformes como las olas de mar borrasco; de horizonte envuelto en nubes sombrías, por medio de los que jamás ha traspasado un rayo de alegría; de soledad profunda y silenciosa, que nada ha interrumpido, á no ser una sola vez la risa insultante de la felicidad para morfarse de mí... Entonces la idea del aniquilamiento ya no me espanta, la contemplo sonriéndome.

Cuando en el lecho de muerte de Maria echaba la vista sobre su porvenir, me lo presentaba horrible, y sin embargo, no habia llegado hasta la realidad. Al acercar á mis labios aquella copa mortífera, no conocia toda la amargura del tósigo que contenia.

Parecia que despues del golpe que acababa de herirme, mi corazón no debia recibir mas heridas y debia quedar insensible; me equivocaba.

Qué! ver espirar un amigo, una hermana, en

quien descansaba toda vuestra esperanza, todo vuestro consuelo, la única que pudiera deciros: «te amo»; verla abandonarnos y no poder seguirla; sentir su corazón traspasado y rotas todas sus fibras por el dolor.... ¿Hay, pues, algo mas allá?...

Sí, la soledad.

La soledad!... Pero es una cosa de que jamás podrá uno formarse idea, si no la ha experimentado.

Me dirijo, pues, á vosotros, desgraciados cautivos, muertos en vida en vuestros oscuros calabozos y acaso me comprendereis: vosotros tambien habeis visto pasar delante de vuestros cansados ojos aquella sucesion lenta de momentos que se dilatan; habeis conocido ese silencio, aquel aislamiento, en que la cabeza, reudida de pensar, piensa á pesar suyo, y se alimenta con su tedio y su disgusto. Habeis experimentado todos estos tormentos, y la desgracia os ha dejado inferiores á mí. No veis la luz, decís; y yo huía de ella, la aborrecia; y á lo menos no pasais un dia sin ver á un hombre, á uno de vuestros semejantes, y podeis vislumbrar su cara por en medio de la reja de vuestro calabozo. ¿Qué importa al fin que sea dura y siniestra? Siempre es una figura humana. Ah! cuán grata me hubiera sido la vista de un carcelero!

¿Y hay hombres que se atreven á llamarse desgraciados por miserias, por un poco de dinero, un empleo perdido, una infidelidad de una querida! Verdaderamente sus gritos me dan lástima. Creo oír á niños sollozar por una bagatela ó por un juguete.

Este llora un amigo y se cree el mas desdichado de los hombres. Lejos de mí la idea de insultar su dolor. Si llora sinceramente, es cosa demasiado rara entre los hombres para no merecer compasion y respeto; quisiera mas bien tratar de consolarle y hacerle ver que existe otro estado, en cuya comparacion el suyo es muy feliz.

(Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

Cuando el rio suena, agua ó piedra lleva.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

